

Prepáralos para elegir carrera

Guía para padres que quieren formar hijos felices y exitosos

Gastón Santos G.

24 de diciembre de 2025

GASTÓN SANTOS G.

Prepáralos para elegir carrera

Guía para padres que quieren formar hijos felices y exitosos

Primera edición, 2025

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo del autor.

© 2025 Gastón Santos G.

Hecho en México

Agradecimientos

A mi esposa, por ser mi inspiración constante. Por creer en este proyecto cuando era solo una idea, por escuchar pacientemente cada historia que quería contar, y por recordarme siempre por qué vale la pena escribirlo.

A mis padres, maestros de vocación y de vida. Por mostrarme el camino de la docencia con su ejemplo, por nunca rendirse a pesar de las dificultades, y por enseñarme que educar es una de las formas más nobles de servir a los demás.

A cada padre y madre que busca lo mejor para sus hijos. Este libro es para ustedes.

Gastón Santos G.

Índice general

Agradecimientos	III
------------------------	------------

I Lo que todo padre debe saber	I
---------------------------------------	----------

1 La persona define el destino, no la carrera	3
--	----------

El lugar sí importa	3
-------------------------------	---

La ansiedad del sexto semestre	8
--	---

La niña de los plumones	10
-----------------------------------	----

La investigación que me abrió los ojos	12
--	----

Las preparatorias olvidaron su propósito	15
--	----

Los primeros responsables	18
-------------------------------------	----

El patrón de las familias estables	20
--	----

Dos tipos de familias y la carrera	23
--	----

El mito de las carreras bien pagadas	26
--	----

La vocación no es magia, es proceso	27
---	----

Reto del capítulo	29
-----------------------------	----

2 El carácter que garantiza el éxito	31
---	-----------

Más allá de la carrera correcta	31
---	----

Los tres principios del éxito	32
---	----

La trampa del prestigio	37
-----------------------------------	----

Tu trabajo como padre	40
---------------------------------	----

Reto del capítulo	42
3 El talento que nadie nombró	45
Lo que creí defecto era fortaleza	45
De talento a fortaleza	49
Los 34 talentos que tu hijo puede tener	54
La cultura que nutre o que apaga	58
El laboratorio de casa	61
Reto del capítulo	65
 II De la teoría a la acción	 69
4 El mundo real de las profesiones	71
Conocerse es solo el inicio	72
El secreto para que les vaya bien	74
Valor no es buena intención	76
Por qué existen las carreras	77
El concepto central de la orientación vocacional	78
El contexto importa más de lo que crees	80
Tres niveles de contexto	81
La ecuación del valor	83
Servir para servir	84
Lo que un padre puede enseñar desde ahora	85
Donde todo se conecta	88
Reto del capítulo	90

5	El proceso de elegir	93
	Por qué elegir carrera es tan difícil	94
	La generación más informada y menos formada	95
	Lo nuevo siempre da miedo	96
	Tres pasos para elegir bien	97
	Paso 1: Buscar información real	98
	Paso 2: Buscar experiencias de otros	100
	Paso 3: Buscar experiencias propias	101
	El default reflexivo	103
	La diferencia está en la reflexión	105
	Los tests vocacionales	106
	Qué son y para qué sirven	107
	Lo que los tests sí hacen bien	108
	Lo que los tests no hacen	108
	Cómo usar los tests correctamente	109
	Criterios para la decisión final	110
	Reto del capítulo	112

III El acompañamiento **115**

6	Cuando ya eligió	117
	Tu rol cambia pero no desaparece	117
	Los primeros 90 días	117
	Cuando las cosas no salen como esperabas	117
	Reto del capítulo	117

7	El mentor permanente	119
	Los principios que no cambian	119
	Tu legado como padre	119
	Reto del capítulo	119
	Bibliografía	121

Parte I

Lo que todo padre debe saber

Fundamentos, principios y cambio de mentalidad

La persona define el destino, no la carrera

EL LUGAR SÍ IMPORTA

A los 26 años, después de algunos años trabajando como ingeniero industrial, me senté frente a mi madre y le dije algo que sabía que no le iba a gustar mucho escuchar.

“Ma, quiero ser maestro, quiero llegar a ser director y algún día tener mi propia escuela.”

Se quedó callada. Luego me miró con cierta preocupación que solo una madre puede expresar. “Nunca quise eso para ti, hijo”. Yo ya lo sabía. Toda mi vida me había dicho lo mismo. “No seas maestro.”

Ella había pasado décadas dando clases de matemáticas. Era excelente. Sus alumnos la adoraban y sus directores la valoraban muchísimo. Pero ella sabía que, aunque la vida de docente era una vida cómoda, venía acompañada de ciertas limitaciones financieras, no se podía vivir de una forma holgada, con lujos. Ella no quería eso para mí. Quería que yo tuviera más opciones, más oportunidades, más caminos abiertos. Quería que las cosas que fueron difíciles para ella fueran más fáciles para mí.

Yo había hecho exactamente lo que ella me pidió. Estudié Ingeniería Industrial. Busqué trabajo en las maquilas. Perseguí el sueño que ella tenía para mí. Intenté ser ese gran ingeniero que ella siempre había querido que yo fuera.

Pero ya no podía seguir así. Le expliqué por qué.

“Ma, pasé años intentando ser el ingeniero que tú querías y no logré sentirme yo mismo. No porque sea incapaz, sino porque ese lugar me apagó. Necesito intentar esto. Dame una oportunidad de demostrarte que puedo lograr lo que tú quieres haciendo lo que yo realmente quiero hacer.”

Ella guardó silencio. Luego dijo algo que nunca olvidaré.

“Si quieres ser director de tu propia escuela, necesitas mucho dinero. Mejor ponte a trabajar, ahorra mucho, y luego piensas en eso. Pero trabajando de maestro va a estar muy difícil.”

Ahí lo vi claro. Mi mamá no estaba tratando de controlarme. Estaba tratando de darme lo que ella sintió que le faltó. Oportunidades. Crecimiento. Mi madre no estaba siendo pesimista. Simplemente estaba siendo realista. Ella sabía que los sueños grandes requieren recursos grandes. Y desde su experiencia, un salario de maestro no iba a ser suficiente para llegar ahí.

Pero ese es el peligro cuando orientas a tus hijos desde tus propias limitaciones y malas experiencias, no desde su potencial y sus fortalezas.

Mis padres son docentes de matemáticas ya jubilados —toda su vida dedicada al aula. Crecí rodeado de calendarios escolares, exámenes apilados en la mesa del comedor, y conversaciones sobre estudiantes durante la cena. El ambiente escolar era mi normalidad. Pero intenté escapar de él. Pasé años intentando encajar en un lugar que no era para mí. La maquila se me hizo fría. El ambiente de la maquila me resultaba ajeno. No importaba cuánto me esforzara, no lograba destacar. Me sentía frustrado, con baja autoestima, lleno de desconfianza en mí mismo. La maquila te aniquila, como dicen por ahí.

Las preguntas difíciles empezaron a aparecer. *¿Por qué, si soy trabajador*

e inteligente, no puedo destacar como ingeniero?

Ahora lo entiendo. Un trabajo que no encaja con quién eres produce desequilibrio en todas las partes de tu vida. La insatisfacción laboral no se queda en la oficina —te persigue a casa, te roba el sueño, te apaga la alegría, te quita la motivación. Un trabajo tedioso, realizado en condiciones inadecuadas o sujeto a tensiones constantes, puede hartarte fácilmente y hasta llegar a enfermarte. En cambio, una actividad interesante, gratificante y con propósito puede compensar muchas deficiencias, darte propósito, sentido, hacer que llevar una vida llena de alegría y satisfacción sea mucho más sencillo. Vivir haciendo lo que realmente quieres hacer provoca que te sientas feliz cuando llega el lunes.

La conversación con mi papá fue completamente diferente.

Mi papá, con su estilo más exploratorio, me dijo algo que cambió todo.

Mira, todos los directores que yo conozco empezaron siendo maestros. ¿Qué te parece si das unas horas de clase y ves cómo te sientes? Pruébalo. Si no funciona, buscas otra cosa. Pero al menos sabrás.

Fue el mejor consejo que pude haber recibido. No me dijo qué hacer. Me dio permiso para explorar.

Una semana después, mi papá, usando algunos contactos, logró conseguirme 20 horas de matemáticas en una escuela privada en Tijuana. Primer y quinto semestre. Iba a empezar el lunes siguiente.

Recuerdo el domingo en la noche, pensando: *¿Y si mi mamá tiene razón? ¿Y si esto es un error?*

El primer día llegué 30 minutos antes. Tenía la planeación de clase en una carpeta azul que había comprado especialmente para la ocasión. Entré al salón vacío, escribí mi nombre en el pizarrón y esperé.

Los nervios estaban ahí, pero no eran de miedo. Eran de esos nervios buenos, como cuando sabes que algo importante está por comenzar. Había una certeza extraña. Una sensación de estar exactamente donde debía estar.

Cuando entraron los alumnos de primer semestre, esa certeza se confirmó.

Lo sorprendente fue la velocidad con la que me adapté. En solo unos días ya dominaba el ritmo del salón. Me adapté a levantar mi voz para que el estudiante de hasta atrás me pudiera escuchar, pero sin gritar para no asustar a los de enfrente. Me acostumbré rápidamente a los residuos de plumón en mis manos, a las carpetas llenas de listas de asistencias y exámenes que me llevaba a casa para calificar, y a que todos me saludaran en los pasillos mientras iba caminando de un salón a otro.

Nunca, en los años que fui ingeniero, sentí eso. Nunca.

En la maquila, cada día era una batalla contra mí mismo. Aquí, cada día era una oportunidad. Disfrutaba preparar mis clases —pensar cómo explicar ecuaciones de forma que hasta el alumno más distraído pudiera entenderlas. Me encantaba entrar al salón sabiendo exactamente qué iba a hacer, dar la clase de 50 minutos, y luego perfeccionar la misma explicación en la siguiente hora con otro grupo.

Los alumnos respondían. Me hacían preguntas. Se quedaban después de clase. Me buscaban en los pasillos para pedirme que les explicara algo que no habían entendido con otro maestro.

Después de cuatro meses frente al grupo, llamé a mi papá y le dije algo que me costó admitir: “Creo que soy mejor maestro que ingeniero. No sé cómo explicarlo, pero con solo algunos meses dando clases me siento el mejor maestro de matemáticas de toda la escuela.”

De esa experiencia nació una verdad que ahora comparto en todas mis conferencias sobre orientación vocacional.

El lugar sí importa.

Hay un dicho popular que dice “el que es cotorro donde sea es verde.” Pero eso no siempre es verdad. Para empezar, porque nosotros no somos cotorros. Y segundo, porque ser bueno en algo específico no garantiza el éxito en cualquier carrera relacionada.

Yo era bueno con los números. Siempre lo fui. Pero eso no significaba que como ingeniero iba a destacar. Una habilidad aislada no define toda una carrera. Hay más factores que considerar. El ambiente. El propósito. El tipo de problemas que resuelves. Las personas con las que trabajas. La cultura del lugar.

Puedes ser inteligente, trabajador, disciplinado, y aun así no prosperar si estás en el lugar equivocado. No porque seas incapaz. Sino porque tus fortalezas no son valoradas ahí, porque el ambiente no te motiva, porque no le encuentras sentido a lo que haces.

Yo era la misma persona en la maquila y en el salón de clases. Misma inteligencia. Mismo esfuerzo. Pero en la maquila me sentía mediocre. En el salón me sentía extraordinario.

Cuando migré mi vida profesional al área correcta, todo cambió.

- Mi autoestima subió

- La confianza en mis planes subió
- Los elogios llegaron naturalmente
- Pude ver un futuro claro para mí

El lugar sí importa. La carrera sí importa. Lo que haces importa y cómo te sientes al respecto importa muchísimo.

Puedo decir que gran parte de lo que he podido lograr fue porque con apoyo de mis padres pude cambiar de profesión. Me atreví a empezar de nuevo a mis 26, sin miedo. Y valió totalmente la pena.

Porque cuando se trata de hacer lo que realmente tienes que hacer, **el tiempo perfecto es HOY.**

LA ANSIEDAD DEL SEXTO SEMESTRE

Terminé mi primer semestre como maestro con buenas evaluaciones de mis alumnos y una sensación de logro que nunca había experimentado. Pasaron las vacaciones de invierno. Regresamos a clases a mediados de enero.

Mis alumnos de quinto semestre ahora pasaban a sexto. El último semestre de preparatoria. El semestre donde todo está a punto de cambiar.

Lo noté de inmediato, desde el primer día de clases. El ambiente era distinto. Ya no había ese aire despreocupado de meses anteriores. Entré al salón y en lugar de las pláticas habituales sobre el fin de semana, escuché fragmentos de conversaciones tensas.

“¿Ya decidiste qué universidad?”

“Mi mamá quiere que estudie Medicina, pero yo no sé...”

“El examen de admisión a la universidad está imposible.”

“Si no entro, mis papás me van a matar.”

El ambiente había cambiado radicalmente. Ya no hablaban de fiestas ni fútbol. Hablaban de carreras, universidades, exámenes de admisión. Y no lo hacían con emoción. Lo hacían con ansiedad. Como si estuvieran a punto de tomar la decisión más importante de sus vidas sin tener idea de cómo tomarla.

Y tenían razón. Lo era. Y no tenían idea.

Yo los escuchaba con atención. Me gustaba hacer preguntas. Entender cómo estaban procesando esta decisión gigante. Lo que descubrí me alarmó. Las respuestas que escuché me dejaron helado.

- “Voy a buscar en Google las carreras mejor pagadas y elijo la primera.”
- “Mis papás son abogados, yo voy a estudiar Derecho.”
- “Quiero Medicina porque dicen que pagan bien.”
- “Ingeniería porque ahí siempre hay trabajo.”

Ninguno hablaba de lo que *disfrutaba* hacer. Todos hablaban de lo que *creían* que era lo que tenían que hacer para ser “exitosos”.

Dinero. Estatus. Aprobación familiar. Seguridad. Todo menos vocación. Esa misma semana, después de clases, fui a una librería y me compré un libro llamado *El profesor y la orientación vocacional*.¹ Lo leí emocionado a diario. Subrayé párrafos enteros. Tomé notas. Quería ayudar a mis alumnos, pero no tenía las palabras ni los principios. Necesitaba prepararme. Sabía lo que se sentía cometer el error de elegir la carrera equivocada por las razones equivocadas.

¹Cortada de Kohan, N. (2008). *El profesor y la orientación vocacional* (2.ª ed.). Editorial Trillas.

LA NIÑA DE LOS PLUMONES

Recuerdo a una alumna en particular. Era la “la niña de los plumones” de su clase.

Siempre llegaba con una mochila repleta de marcadores Sharpie de todos los colores imaginables. Mientras yo explicaba derivadas en el pizarrón, ella tomaba apuntes que parecían páginas de un comic. Decoraba cada título con tipografías elaboradas, dibujos en los márgenes, esquemas visuales que convertían conceptos aburridos en arte.

Un día, al revisar su libreta, noté que había dibujado un pequeño cohete al lado de una ecuación. Le pregunté por qué.

“Es que cuando resuelvo problemas, me gusta imaginar que son misiones espaciales”, me dijo, un poco apenada. “Hace que las matemáticas sean menos aburridas.”

Le pregunté si hacía eso en todas sus materias. Me mostró sus libretas de Historia, Química, Literatura. Cada una era una obra maestra visual. Me confesó que había descargado por su cuenta toda la suite de Adobe —Photoshop, Illustrator, InDesign— y que pasaba horas en YouTube viendo tutoriales de diseño.

Nadie le había pedido que lo hiciera. Lo hacía porque *le encantaba*.

Y le hice la pregunta del millón: “¿Ya decidiste qué vas a estudiar?”

“Derecho”, me contestó, sin mirarme a los ojos.

Me quedé callado un momento. Esperé. Luego pregunté con genuina curiosidad: “¿Por qué Derecho?”

Suspiró. Como si hubiera estado esperando que alguien le hiciera esa pregunta.

“Mis papás tienen un despacho. Me dijeron que es la mejor idea. Cuando me gradúe voy a tener trabajo seguro en su oficina. Nunca voy a batallar. Y dicen que en Derecho pagan bien.”

Ahí estaba. El error clásico. Padres con buenas intenciones —padres que aman a su hija— tomando la decisión por ella, creyendo que “trabajo seguro” es sinónimo de éxito y felicidad. Sin preguntarle qué le apasiona. Sin observar lo obvio, que ella ya era diseñadora, solo le faltaba el título. Me senté en el escritorio frente a ella. Le dije algo que había aprendido del libro que acababa de terminar.

Mira, lo que haces sin que nadie te lo pida es la señal más clara de tu vocación. Nadie te obliga a decorar tus libretas ni a ver tutoriales de diseño. Lo haces porque te encanta. Esa pasión natural vale más que cualquier promesa de trabajo seguro.

Ella me miró, sorprendida. Como si nadie nunca le hubiera dicho eso. Le expliqué algo más. Que eso la posicionaba muy por delante de cualquier diseñador promedio. Porque ella iba a hacer trabajo extra siempre. No porque su jefe se lo pidiera. Por puro gusto. Y quien hace más horas de práctica intencional, se vuelve mejor. Quien es mejor, eventualmente cobra más. Mucho más.

“Pero mis papás dicen que los diseñadores no ganan bien”, me interrumpió.

“Los diseñadores mediocres no ganan bien”, le respondí. “Pero tú no vas por ese camino. Porque ya estás practicando. Ya tienes las herramientas. Ya estás construyendo un portafolio sin que nadie te lo pida. Eso te hace

diferente. Todavía ni has empezado la universidad y ya tienes más experiencia que muchos que ya van a la mitad.”

Hice una pausa. Luego le dije algo más fuerte.

“Tener un trabajo seguro en el despacho de tus papás suena cómodo. Pero imagínate trabajar en algo que odias 40 o 50 horas a la semana durante 30 años. Levantarte cada lunes con la sensación de que estás desperdiciando tu vida. Eso no es seguridad. Es condena.”

Se quedó callada. Guardó sus plumones en la mochila lentamente. Al salir del salón, se volteó y me dijo: “Gracias, profe.”

Años después me enteré que estudió Comunicación —una carrera que requiere habilidades creativas y sociales. Me la encontré en un Starbucks. Trabajaba como directora creativa en una agencia de publicidad. Me mostró su portafolio en su iPad. Ganaba el triple de lo que ganaban sus papás como abogados.

No sé si mi conversación influyó en su decisión. Pero me gusta pensar que sí.

Y me gusta más pensar que hay un padre leyendo esto ahora mismo que tiene una hija igual. Y que después de leer esta historia, tendrá una conversación diferente con ella.

LA INVESTIGACIÓN QUE ME ABRIÓ LOS OJOS

Mientras daba clases en la preparatoria, seguía estudiando el MBA en Cetys Universidad en Tijuana. Clases los sábados. Proyectos entre semana. Todo porque seguía cargando esa visión heredada de mi mamá de

querer ser “algo más” que solo un maestro.

Cuando llegó el momento de elegir tema para mi proyecto final de maestría, lo tuve claro de inmediato. Para terminar el MBA en Cetys, todos los estudiantes debíamos elaborar una tesina. A diferencia de una tesis doctoral que requiere investigación original y extensa, una tesina es un trabajo de investigación más breve y aplicado, enfocado en resolver un problema específico del mundo real.

Como era una maestría en administración de negocios, se esperaba que al final de la investigación propusiera un programa o modelo de negocio que resolviera el problema identificado. Pero lo que realmente me interesaba era el proceso de investigación. Los datos. Los patrones. Entender el *por qué*.

Elegí investigar por qué los jóvenes desertan de la universidad. Tenía todo a la mano. La población objetivo en mi preparatoria, acceso directo a alumnos de sexto semestre a punto de elegir carrera, y una motivación personal profunda. Quería entender por qué tantos jóvenes entraban a la universidad con esperanza y salían años después con una carrera trunca y una deuda emocional gigante.

Diseñé encuestas. Hice entrevistas personales. Pasé meses recopilando datos. Y lo que encontré fue sorprendente.

En parte de mi investigación, encontré una estadística muy reveladora y preocupante.

Descubrí, según el INEGI, que del total de alumnos que logran entrar a la universidad, en promedio, solo el 30 % logra graduarse. Esta estadística es a nivel nacional, en universidades públicas del país, que son las que reciben a la mayor cantidad de adolescentes en México.

Es muy preocupante porque el proceso de admisión ya es extremadamente competido. Muchos jóvenes quedan fuera sin siquiera poder intentarlo. Y de los pocos que logran entrar, solo 3 de cada 10 terminan.

Esto significa que 7 de cada 10 jóvenes que logra ingresar a la universidad terminan dejando su carrera trunca. No por falta de inteligencia. No siempre por falta de dinero. Sino por una razón mucho más simple y fácil de solucionar.

Como maestro les puedo compartir que nuestro orgullo no solamente está en que el alumno pase su examen parcial del semestre, o que termine el semestre, ni siquiera que termine la prepa. Nuestro orgullo está en que logre entrar a la universidad y en poder encontrarnos en la calle años después y que nos digan: “Hola profe, ¿qué tal? ¿Se acuerda de mí? Ahora soy doctor, ahora soy ingeniero, ahora soy docente.”

Ese es el verdadero orgullo que tenemos como maestros. Porque como dice Yoda, **“Somos lo que ellos llegan a ser. Esa es la verdadera carga del maestro.”**

Algo aún más sorprendente que la estadística de los pocos alumnos que llegan a graduarse de la universidad son las causas que llevan a esos alumnos a dejar la universidad.

Entre ellas se encontraban las que muchos nos imaginamos. Problemas financieros, la carrera se puso muy difícil, problemas de salud, cambios de ciudad. Pero esas causas representaban a la minoría de las personas que desertaban.

La causa número uno por la cual las personas dejan una carrera trunca es esta.

“No era lo que yo esperaba.”

“Siempre no me gustó.”

Y esto es alarmante, no solamente porque representa a la mayoría de las personas que desertan de la carrera universitaria, sino porque **es una causa tan sencilla de arreglar y nadie está haciendo nada al respecto.**

Déjame repetirlo para que quede claro.

7 de cada 10 jóvenes abandonan la universidad porque eligieron una carrera que no era lo que esperaban o que terminó no gustándoles.

Esto no es un problema de dinero. No es un problema de capacidad intelectual. Es un problema de **orientación vocacional fallida.**

Y lo más frustrante es que este problema tiene solución. Pero requiere que tanto escuelas como familias hagan su trabajo. Y ahora mismo, casi nadie lo está haciendo.

LAS PREPARATORIAS OLVIDARON SU PROPÓSITO

¿Para qué existe la preparatoria?

La respuesta debería ser obvia. Para, valga la redundancia, **preparar** al alumno para su educación superior, para la universidad. Para ayudarlo a descubrir sus fortalezas, explorar diferentes campos, y tomar una decisión informada sobre su futuro.

Pero si eso es el propósito, entonces tenemos un problema grave. Porque la mayoría de las preparatorias han olvidado completamente este propósito.

La orientación vocacional no debería ser una materia más en el programa

de las preparatorias. Debería estar impregnada en todo lo que se hace ahí, porque ese es su verdadero propósito. De poco sirve el enfoque académico si solo formamos jóvenes inteligentes pero incapaces de identificar su lugar correcto en el mundo.

La orientación vocacional tendría que integrarse explícitamente en la escuela en todos sus niveles: talleres, experiencias reales, visitas a universidades y empresas, conversaciones con profesionales y exploración genuina. Mientras esto no suceda, seguiremos obteniendo el mismo resultado: jóvenes que eligen carreras de forma subjetiva, sin información real, guiados por estereotipos sociales y presiones familiares en lugar de por un auténtico autoconocimiento.

Pero la realidad es otra. Las preparatorias se han enfocado en cumplir programas académicos, no en orientar vidas.

- En el caso de las públicas, solamente quieren cumplir fechas, cumplir planes.
- En el caso de las privadas, solamente quieren tener más inscripciones, más alumnos, más prestigio.

Hoy en día, muchas preparatorias ofrecen “capacitaciones” o “especialidades” que suenan impresionantes en el folleto de publicidad, pero cuando investigas qué están aprendiendo realmente los alumnos en esas capacitaciones, descubres que la mayoría están completamente desactualizadas.

Y lo peor no es que estén desactualizadas sino que estas capacitaciones no tienen el propósito de dejar al alumno explorar y descubrir si esa área le apasiona. Son simplemente una materia extra en el horario. Una cajita

más que marcar en el plan académico.

Cuando hice encuestas en preparatorias públicas de mi ciudad, los números me sorprendieron.

- **30 % de los alumnos** que estaban en alguna capacitación o especialidad **ni siquiera querían estar ahí**. No eligieron esa especialidad. Les tocó por sorteo, por cupo lleno, por llegar tarde a la selección.
- **90 % de las escuelas** ni siquiera te permiten cambiarte de especialidad o capacitación. Si te tocó Contabilidad y descubres que la odias en primer semestre, tienes que soportarla hasta sexto.

Piénsalo. Un joven de 15 años queda atrapado en una “especialidad” que no eligió, que no le gusta, y que se supone debería ayudarlo a orientarse vocacionalmente. Pero en lugar de orientarlo, lo está desorientando.

¿Cómo podemos decir con la cara seria que la preparatoria tiene el propósito de preparar a los alumnos para la universidad si ni siquiera se toma en serio el trabajo vocacional de mostrarle al alumno, por medio de experiencias reales, las diferentes áreas profesionales que existen?

¿Cómo esperamos que un alumno escoja bien y llegue a sexto semestre con alguna idea clara de lo que quiere, si nunca le dimos la oportunidad de experimentar, comparar, equivocarse y ajustar?

Este tema me molestaba profundamente. No podía quedarme callado viendo cómo año tras año, generación tras generación, jóvenes brillantes tomaban decisiones terribles por falta de información.

Me di a la tarea de preparar talleres ocasionales en mi ciudad. Empecé pequeño. Un taller de vez en cuando por mi cuenta. Luego me invitaron a

otras escuelas. Eventualmente terminé dando conferencias en preparatorias públicas y privadas acerca de cómo elegir carrera. Abarco diferentes ejemplos, mitos, estrategias para que los alumnos puedan tomar esta decisión de manera informada.

Y es parte de lo que vamos a estar analizando en este libro. Estrategias que funcionan. Preguntas que importan. Ejercicios que revelan.

Pero hay algo más importante que cualquier estrategia o ejercicio.

¿Cuál es el trabajo de papá y mamá en casa para poder guiar a nuestros adolescentes a un futuro próspero?

Porque déjame decirte algo que tal vez no quieras escuchar.

LOS PRIMEROS RESPONSABLES

Si tu hijo está en sexto semestre y no tiene idea de qué estudiar, la escuela tiene parte de la culpa.

Pero tú tienes más.

Si bien la escuela de nivel medio superior tiene la responsabilidad de preparar a los alumnos para su educación universitaria, no son los únicos que tienen esta responsabilidad. Ni siquiera son los principales.

Los primeros responsables de esta preparación son ustedes, padres de familia.

No me malentiendas. No estoy diciendo que seas mal padre o mala madre. Estoy diciendo que el sistema educativo nos ha vendido una mentira gigante. Nos ha hecho creer que su trabajo es educar y el nuestro es solo proveer. Llevarlos a la escuela, comprarles útiles, pagar colegiaturas. Y confiar en que “los expertos” harán el resto.

Pero no es cierto.

Ustedes son los que tienen el rol más importante en la vida de sus hijos. No solamente por comprarles ropa y alimentarlos. Como diría Franco de Vita:.

No basta

Con llevarlos a la escuela a que aprendan

Porque la vida cada vez es más dura

Desde la infancia hasta la adolescencia, como padres, son responsables de guiarlos, mentorearlos, exponerlos a diferentes áreas de la vida. Experiencias. Retos. Responsabilidades. Lugares donde ellos puedan no solamente conocer cómo funciona el mundo, sino algo más importante aún: **conocer cómo funcionan ellos mismos.**

¿En qué son buenos? ¿Qué disfrutan? ¿Qué los frustra? ¿Qué los emociona? ¿Qué despierta su interés?

Esas respuestas no se encuentran en un examen vocacional de 100 preguntas. Se encuentran en años de exposición intencional a diferentes experiencias. Y papá y mamá son quienes tienen la responsabilidad de crear esas oportunidades.

No es bueno decirles a los 17 años: “Ya estás grande, ya tú sabrás qué carrera elegir.” Porque aunque parezcan grandes, aunque tengan la estatura y la actitud de adultos, todavía no lo son. Todavía no conocen el mundo como tú lo conoces. Todavía no han cometido los errores que tú ya cometiste. Y si tú se los compartes de forma prudente —sin sermones, con historias— ellos pueden aprender sin tener que pasar por el mismo dolor.

Como profesor de matemáticas, me hablaban constantemente para dar asesorías personalizadas. Regularizaciones. Preparación para exámenes. Ayuda con tareas. La mayoría de las clases eran en las casas de los alumnos. Esto me dio algo que pocos maestros tienen. Acceso.

Pude entrar a casas muy grandes en fraccionamientos privados con seguridad en la entrada. Y a casas muy pequeñas en colonias populares donde el techo de lámina apenas protegía de la lluvia. Familias muy ricas que me pagaban 500 pesos la hora. Y familias muy humildes que juntaban con esfuerzo para pagarme 200.

Y en cada casa, observé. Cómo hablaban los padres con sus hijos. Qué había en las paredes. Cómo pasaban su tiempo libre. Qué expectativas tenían. Qué hábitos practicaban.

Lo que vi me enseñó más sobre orientación vocacional que cualquier libro.

EL PATRÓN DE LAS FAMILIAS ESTABLES

Una de las cosas que pude observar de las familias que tenían más control sobre lo que estaban haciendo —su dinámica familiar, su estabilidad económica, su claridad de propósito— fue un patrón consistente.

Siempre tenían a sus hijos en alguna clase de algo.

Desde los 5 o 6 años. Inglés los martes y jueves. Karate los lunes y miércoles. Piano los sábados. Natación los domingos. No necesariamente todo al mismo tiempo, pero siempre algo.

Cuando les preguntaba a estos alumnos qué querían estudiar, casi siempre tenían una respuesta clara. O al menos dos o tres opciones bien pensadas. Habían probado cosas. Sabían qué se les daba bien y qué no. Tenían

referencias.

“Profe, tomé clases de dibujo desde los 8 años. Me encanta. Voy a estudiar Arquitectura.”

“Profe, jugué fútbol 10 años. No voy a ser profesional, pero me gusta el deporte. Voy a estudiar Fisioterapia o Educación Física.”

“Profe, siempre me han gustado las computadoras. Llevo 3 años aprendiendo a programar por mi cuenta. Voy a estudiar Ingeniería en Software.”

Nota el patrón. Todos tenían *años* de exposición a algo que los apasionaba. No estaban adivinando. Estaban decidiendo con evidencia.

Por el otro lado, los hijos de familias de escuelas públicas casi nunca tenían actividades extracurriculares. Llegaban a casa a las 2 de la tarde y pasaban el resto del día frente a una pantalla. Celular. Computadora. Televisión. YouTube. TikTok. Videojuegos.

No era por flojera. Era porque nadie los había expuesto a nada más.

Cuando les preguntaba qué querían estudiar, la respuesta era casi siempre la misma.

“No sé, profe.”

“Lo que pague bien.”

“Lo que mis papás me digan.”

Y estos jóvenes se pierden años valiosos de explorar el mundo, de descubrir qué hay afuera, de conocerse a sí mismos a través de experiencias reales.

No es raro entonces que las familias que toman decisiones intencionales sobre la exposición de sus hijos —no necesariamente las más ricas, sino

las más intencionales— tengan hijos que a los 17 años ya saben lo que quieren. O al menos tienen una idea clara de hacia dónde apuntar.

Pero había algo más que distinguía a estas familias. Algo que al principio me pareció menor, pero con el tiempo reconocí como fundamental.

Los hijos de familias estables tomaban sus propias decisiones a partir de los 13, 14, 15 años. Y los papás los dejaban.

Suena obvio, pero la diferencia era dramática.

Muchos de mis alumnos de escuelas privadas eran los que me marcaban directamente para solicitarme clases. No sus papás. Ellos.

“Profe, habla Daniela. Necesito ayuda con cálculo diferencial. ¿Tiene tiempo el jueves a las 5?”

“Profe, soy Roberto. Saqué 6 en el último examen y necesito subir mi promedio. ¿Cuánto cobra por clase? Tengo presupuesto de mi domingo.”

Ellos agendaban la clase. Ellos me pagaban. Cuando llegaba a la casa, ellos me recibían, me ofrecían agua o café, me hacían pasar a la mesa donde íbamos a trabajar. Tenían el material listo. Sabían exactamente qué necesitaban repasar. Se encargaban de todo.

¿Por qué? Porque desde chiquitos los habían entrenado para hacerse cargo de sus propias necesidades.

Por otro lado, en familias sin estas prácticas, el contraste era brutal.

Los papás eran los que me marcaban. Casi siempre en modo de urgencia.

“Maestro, necesito que venga YA. Mi hijo reprobó matemáticas y tiene examen mañana.”

Cuando llegaba, el hijo estaba en su cuarto jugando videojuegos. La mamá tenía que gritarle tres veces para que bajara. Llegaba arrastrando los pies, sin material, sin idea de qué temas venían en el examen. Me miraba con una mezcla de resentimiento y apatía.

Nunca me ofrecían agua. Me sentaba en la mesa del comedor mientras la mamá me explicaba —en voz alta, para que el hijo escuchara— lo “flojo” que era su hijo. El joven miraba hacia abajo o hacia su celular, desconectado completamente.

Algunos de estos jóvenes tenían 16, 17 años y no se atrevían a ordenar una pizza por teléfono. Les daba pena hablar con extraños. Les daba ansiedad tomar decisiones simples.

El contraste era devastador. Y todo se reducía a una cosa.

Hábitos.

¿Qué hábitos habían cultivado con sus hijos desde pequeños? ¿A qué los habían expuesto? ¿Qué les habían enseñado sobre responsabilidad personal? ¿Cómo los habían retado progresivamente? ¿Qué tanto conocían el mundo? ¿Qué tanto se conocían a ellos mismos?

DOS TIPOS DE FAMILIAS Y LA CARRERA

Estas observaciones revelaron algo más profundo. Dos filosofías completamente diferentes sobre la elección de carrera.

Familias que confían en la persona

Las familias económicamente estables —o más bien, las familias intencionales— dejaban que el hijo tomara sus propias decisiones sobre la carrera.

Casi siempre. No porque fueran permisivos o desinteresados. Sino porque confiaban en el proceso que habían construido durante años.

“Hija, si quieres estudiar Psicología, adelante. Confío en ti.”

“Hijo, Diseño Gráfico me preocupa por los ingresos, pero si es lo que amas y ya has investigado, te apoyo.”

“Si no funciona, ajustas. Pero la decisión es tuya.”

Claro, había rebeldía ocasional. Como con todo adolescente. Pero era más fácil de navegar cuando había claridad de información y confianza mutua construida desde la infancia.

Y aquí está lo importante. Estas familias no creían en la mentira de que el éxito depende de la carrera que elijas. Ellos sabían algo más profundo. **De nada sirve que tu hijo sea médico si va a ser un médico miserable, mediocre, que odia su vida.**

Los papás de estas familias querían que sus hijos fueran lo que ellos quisieran ser. Porque confiaban en que habían hecho un buen trabajo formándolos. Confiaban en que su hijo tenía la capacidad de tomar buenas decisiones. Confiaban en que tenía las habilidades y el carácter para tener éxito en cualquier carrera que eligiera.

La carrera era el vehículo. El hijo era el motor.

Familias que creen en la carrera mágica

Por otro lado, en las familias sin estabilidad económica —o sin estas prácticas intencionales— solía operar una filosofía completamente diferente. Una que he visto destruir sueños una y otra vez.

La superstición de la carrera mágica.

Estas familias creían fervientemente que el futuro de su hijo, su éxito, su

estabilidad económica, su bienestar general, dependía casi completamente de la carrera que eligiera.

No de quién era como persona. No de su carácter o habilidades. Sino de tres letras en un título universitario.

Entonces, con toda su buena intención, con todo su amor, presionaban.

“Tienes que estudiar Medicina. Es la única forma de que te vaya bien.”

“Ingeniería o nada. Todo lo demás es perder el tiempo.”

“Si no estudias Derecho, vas a terminar de Uber.”

El mensaje implícito era devastador. *No confío en que puedas tener éxito en cualquier campo. Solo puedes salvarte si eliges la carrera “correcta”.*

Aquí opera la mentira del prestigio social. Elegir una carrera solo por su imagen social —porque “suena bien” decir “mi hijo es doctor” en reuniones familiares, porque da estatus en la iglesia o en el trabajo— es una de las formas más equivocadas y conflictivas de orientar a un joven.

Muchos renuncian a sus disposiciones naturales más sobresalientes para elegir algo distinto solo por el prestigio que encierra. Pero ese sacrificio personal no reporta gran beneficio ni a ellos ni a su comunidad.

El caso más común que he visto son jóvenes que estudian Derecho sin mayor interés, solo por prestigio social o influencia familiar, en un país donde esa carrera ya está sobresaturada. Muchos terminan en cargos políticos o burocráticos que los dejan al margen del ejercicio real de su profesión. El título de “doctor” (en leyes) empieza a fastidiar muy pronto a quien no ve en esa profesión un desafío genuino para sus aptitudes ni puede atribuir valor a tareas que le aburren profundamente.

Y el resultado es predecible. Años de universidad. Deuda estudiantil. Un título enmarcado en la pared. Y una vida de mediocridad infeliz.

EL MITO DE LAS CARRERAS BIEN PAGADAS

En cada conferencia vocacional hago el mismo ejercicio. Les pregunto a los alumnos cuáles creen que son las tres carreras mejor pagadas. Las respuestas más comunes son Medicina, Ingeniería, Odontología. Luego pregunto cuáles creen que son las peor pagadas. Algunos se ríen, otros dudan, hasta que alguien dice: “Maestro.” Risas nerviosas. Después añaden Diseño, Psicología, Artes.

Les cuento historias reales de algunos conocidos. Conozco un médico que trabaja en un hospital público ganando 18,000 pesos al mes después de 11 años de estudio. Vive con sus papás porque no le alcanza para rentar. También conozco un médico con clínica de medicina estética que gana en una semana lo que el primero gana en seis meses. Misma carrera. Dos vidas completamente diferentes.

Conozco ingenieros de universidades privadas manejando Uber porque nadie los contrató. No tiene nada de malo manejar Uber, es un trabajo honesto. Pero no fue para eso que estudiaron cinco años de carrera. Y conozco ingenieros liderando equipos en empresas automotrices con sueldos de seis cifras. Mismo título. Dos realidades opuestas.

Y lo mismo pasa con las carreras “mal pagadas”. Hay maestros agotados que ganan poco. Y hay docentes que dan clases en universidades privadas, escriben libros, dan conferencias, y tienen muy buenos ingresos. Hay diseñadores gráficos que ganan 8,000 pesos al mes en una imprenta. Y hay diseñadores freelance que facturan 80,000 pesos al mes para clientes internacionales.

Entonces les pregunto: “Si en las carreras ‘buenas’ hay gente a la que le va

mal, y en las carreras 'malas' hay gente a la que le va increíble... ¿de qué depende realmente el éxito?"

Y ahí lo ven. **No depende de la carrera. Depende de quién eres como persona.**

La elección vocacional óptima es **aquella que trae satisfacción personal**. La que te da posibilidad de desarrollar tus mejores aptitudes, de afirmar tus verdaderos intereses, y de no contradecir la estructura básica de tu personalidad.

LA VOCACIÓN NO ES MAGIA, ES PROCESO

Antes de cerrar este capítulo, necesito confrontar un mito que paraliza a muchos jóvenes: la idea de que la vocación es un "llamado misterioso" que te cae del cielo un día. Que existe una sola carrera "correcta" para ti, y si no le "atinas", vivirás fracasado el resto de tu vida.

Muchos padres de familia y jóvenes creen esto. Y esa creencia los paraliza. Les genera ansiedad. Los hace sentir que si eligen mal, todo está perdido. Pero la realidad es otra. Como explica Nuria Cortada de Kohan en su libro sobre orientación vocacional, "no se nace con una vocación, sino que surge luego de un proceso de madurez y aprendizaje."² El concepto erróneo de la vocación como algo innato —algo con lo que naces o no naces— "frustra todo intento de verdadera orientación, porque si la vocación es percibida como algo totalmente innato, orientar vocacionalmente sería una contradicción."

²Cortada de Kohan, N. (2008). *El profesor y la orientación vocacional* (2.^a ed.). Editorial Trillas.

No existe una única carrera perfecta para tus hijos. Existen varias carreras donde podrían desarrollarse bien. Y la que elijan se irá convirtiendo en “su vocación” a medida que dediquen tiempo a ella, la conozcan a fondo, y se especialicen. Siempre y cuando la elijan con base en sus intereses y fortalezas, claro está.

La vocación no aparece de repente. Se va formando a medida que adquirimos mayor experiencia y profundizamos en la realidad de una profesión. Cuando empezamos a conocer a fondo cualquier disciplina, es difícil que no la encontremos interesante.

Muchos grandes profesionales no empezaron con una vocación perfectamente clara. Tenían intereses, inclinaciones, curiosidades. Y eligieron una carrera que se alineaba con esas inclinaciones, aunque sin certeza absoluta. Pero a medida que profundizaron en ella, esa elección inicial se fue convirtiendo en vocación.

La vocación es una forma de expresar nuestra personalidad, intereses y fortalezas frente al mundo del trabajo. No es un destino escrito en las estrellas. Es un proyecto de vida que se construye con decisiones, experiencias y ajustes constantes.

Como padre, tu trabajo no es ayudar a tu hijo a “descubrir su vocación misteriosa”, sino a **construirla**. Y eso requiere trabajo. Para ese trabajo, podemos considerar las siguientes cuatro cosas:

- Exponerlo a diferentes áreas (deportes, artes, trabajo, servicio)
- Darle responsabilidades crecientes que desarrollen su carácter
- Tener conversaciones honestas sobre lo que disfruta y en lo que destaca
- Darle libertad para explorar sin miedo al fracaso

Entonces, aprendemos que la vocación no se encuentra. Se construye. Y tú eres el primer arquitecto de ese proceso en la vida de tus hijos.

RETO DEL CAPÍTULO

Ahora viene tu parte. Siéntate con tu hijo o hija y tengan una conversación honesta. No un sermón. Una conversación.

Pregúntale:

- ¿Qué haces en tu tiempo libre que nadie te pide que hagas?
- ¿En qué actividades pierdes la noción del tiempo?
- ¿Qué te gustaría probar pero te da miedo o pena intentar?

Pregúntate:

- ¿En qué áreas de la vida he expuesto a mi hijo en los últimos años?
- ¿He visto a mi hijo destacar en algo sin que nadie se lo pida?
- ¿Estoy dispuesto a dejar que mi hijo elija una carrera que no me gusta a mí?

Al terminar, comprométanse a dos cosas: explorar juntos 2 áreas nuevas en los próximos meses (un curso, un taller, una visita a una empresa) y asignarle una responsabilidad real que maneje solo.

No te obsesiones todavía con QUÉ carrera va a elegir tu hijo. Primero obsesiónate con QUIÉN está siendo.

Si tu hijo desarrolla carácter, habilidades sociales y aprende a resolver problemas, casi cualquier carrera le funcionará. Si no desarrolla eso, ninguna carrera lo salvará.

La vocación no es un tesoro enterrado esperando ser descubierto. Es un

músculo que se desarrolla con exposición, práctica, reflexión y decisiones. Y tú eres el entrenador principal.

En el siguiente capítulo vamos a profundizar en esto: qué significa desarrollar carácter y cómo puedes ayudar a tu hijo a construirlo desde casa.

II

El carácter que garantiza el éxito

MÁS ALLÁ DE LA CARRERA CORRECTA

Si terminaste el Capítulo I esperando que ahora te dijera exactamente qué carrera debe estudiar tu hijo, te tengo malas noticias.

No lo voy a hacer. Porque esa no es la pregunta correcta.

La pregunta correcta es “¿Quién necesita ser mi hijo para tener éxito independientemente de la carrera que elija?”

Y la respuesta a esa pregunta sí te la puedo dar. Es una respuesta clara, probada, respaldada por investigación y por mi propia experiencia. Una respuesta que cambió mi forma de orientar a los jóvenes cuando la encontré.

Hace muchos años, mientras recorría el camino de descubrir qué quería hacer con mi vida, me encontré con un libro del Dr. Henry Cloud llamado *Integridad: Valor para hacer frente a las demandas de la realidad*.¹

Cloud no habla de carreras. Habla de algo más profundo. Habla de lo que hace que una persona tenga éxito, independientemente de su título universitario, su campo profesional, o su industria.

Habla de **carácter**.

Y articula de forma sencilla los requisitos para lograr eso que casi todos buscamos pero pocos encontramos. Tener éxito genuino en lo que hace-

¹Cloud, H. (2006). *Integridad: Valor para hacer frente a las demandas de la realidad*. HarperBusiness.

mos. No solo tener dinero. No solo tener un buen estatus. Sino prosperidad sostenible, satisfacción profunda, y la confianza de que estás donde debes estar. **Lo más importante no es la carrera que tu hijo escoja. Es quién es como persona.**

LOS TRES PRINCIPIOS DEL ÉXITO

Cloud identifica tres principios fundamentales que separan a las personas que prosperan de las que se estancan. Tres capacidades que predicen el éxito mucho mejor que cualquier título universitario o test vocacional.

Y aquí está lo importante para ti como padre. Estos tres principios **no se enseñan en la universidad**. Se forman en casa. Durante la infancia y la adolescencia. Antes de que tu hijo pise un salón universitario.

Si tu hijo desarrolla estos tres principios, casi cualquier carrera le funcionará. Si no los desarrolla, ni la mejor carrera en la mejor universidad lo salvará.

Principio 1: Ser bueno en algo

El primero suena obvio, pero la mayoría de los padres lo aplican al revés. Si quieres que a tu hijo le vaya bien en la vida, tiene que **ser competente** en algo. Realmente bueno. No más o menos. No “apenas pasando”. No solo que le guste. Sobresaliente. Mejor que el promedio.

Pero aquí está el error gigante que veo constantemente. Muchos padres creen que la carrera existe para arreglar las debilidades de su hijo.

“Mi hijo es malo en matemáticas. Que estudie Ingeniería para que aprenda.”

“Mi hija es tímida. Que estudie Comunicación para que se suelte.”

No. Así no funciona.

La carrera no arregla debilidades. La carrera debe de *maximizar* fortalezas.

Tiene sentido. Si una persona es débil en el uso de herramientas o en entender cómo funcionan las máquinas, no por eso debería entrar a Ingeniería. Si es débil con los números, no va a estudiar Contabilidad “para aprender más”. Al contrario, la carrera debe potenciar lo que ya hace bien, no intentar arreglar lo que hace mal.

Yo se que suena obvio, pero aun así tenemos padres de familia queriendo que sus hijos estudien Arquitectura, Medicina o alguna otra carrera de moda cuando sus hijos no han mostrado ni el mínimo interés por esa carrera o algun habilidad relevante. No podemos obligar a alguien a destacar en algo para lo que no tiene inclinación. Y pensar que “la carrera lo arregla” es un error. Si un adolescente no quiere ser médico, dentista o abogado, la carrera no resolverá esa falta de interés. Además, en el mercado laboral, quienes sí tienen esas fortalezas serán más competentes y atractivos para contratar.

¿Cómo aplicamos este principio? Descubriendo primeramente las fortalezas de nuestros hijos para elegir una carrera acorde a ellas. No importa si otros piensan que “esa carrera no es bien pagada”. Si tu hijo es creativo, puede ser un gran diseñador gráfico porque será muy bueno en lo que hace, y la empresa que lo contrate le pagará muy bien por su trabajo.

¿Y cómo descubrimos esas fortalezas? Exponiendo a nuestros hijos a diferentes experiencias desde pequeños. Clases de música, deportes, idiomas, arte, programación. No para saturarlos, sino para que prueben. Observa

qué actividades disfrutan sin que nadie los obligue. Pregúntales qué harían aunque no les pagaran. Ponlos en situaciones reales donde puedan demostrar habilidades. Las fortalezas se revelan cuando hay oportunidad de practicarlas. Más adelante hablaremos más al respecto.

Principio 2: Saber relacionarse

Ser muy bueno en algo no siempre es suficiente.

Pensemos en el alumno que siempre saca 10, hace todas las tareas y entiende todo rápido, pero no tiene amigos, trata mal a las personas, o no sabe ni siquiera pedir la hora. Es lo que algunos llaman un “raro social”. Cuando toca hacer equipos, nadie lo quiere incluir.

Esto también importa en el mundo profesional. Por más talento que recluten las empresas, se requieren habilidades sociales. En cualquier trabajo habrá que colaborar, comunicar y resolver con otros. Si no hay buena relación con compañeros o jefes, no habrá apoyo ni promoción, y el futuro prometedor se trunca por no saber construir buenas relaciones.

Así que el segundo principio para el éxito, después de la competencia, es saber construir y mantener relaciones.

Hay personas que quizá no son sobresalientes técnicamente, pero alcanzan buenos puestos por sus habilidades sociales. No digo que ese sea el objetivo, pero es evidente el impacto real de esas habilidades en la vida profesional.

Pregunta para padres: ¿Tu hijo sabe trabajar en equipo sin crear conflictos? ¿Sabe comunicarse claramente? ¿Puede mantener una conversación con adultos sin ansiedad? ¿Tiene amigos duraderos?

Si la respuesta es no, tiene un problema más grande que no saber qué

carrera estudiar.

¿Cómo desarrollamos estas habilidades? Creando oportunidades para que practique. Que invite amigos a casa y aprenda a ser buen anfitrión. Que participe en deportes de equipo o actividades grupales. Que pida perdón cuando se equivoque y aprenda a recibirlo cuando otros se equivocan con él. Que hable por teléfono para hacer citas o pedir información en lugar de que tú lo hagas por él. Que resuelva conflictos con hermanos o amigos sin que intervengas. Cada interacción social es práctica, y la práctica reduce la ansiedad.

Principio 3: Resolver problemas

Ahora, incluso tener competencia y buenas relaciones no basta si no se saben resolver problemas. Este es el tercer principio.

En la vida, como dice la Biblia, siempre habrán aflicciones. Siempre habrá algo que nos saque de nuestra comodidad, nos exija enfrentar la realidad y salir adelante.

Te vuelves una persona de confianza cuando, ante un problema, entregas resultados a pesar de las dificultades. Muchos son contratados o permanecen en sus puestos porque en tiempos difíciles supieron reaccionar mientras otros se paralizaron o se rindieron.

De nada sirve ser competente y sociable si, cuando aparece el problema, desapareces, entras en pánico o empeoras la situación. Este principio es crucial no solo para conseguir trabajo u oportunidades, sino para seguir creciendo. Avanzar profesionalmente suele significar haber resuelto un problema y estar listo para el siguiente nivel de complejidad.

Las empresas no ascienden a personas por sus títulos. Ascienden a perso-

nas que entregan resultados, incluso bajo presión.

¿Cómo desarrollamos esta capacidad? Dejando de rescatarlos. Muchos padres, con buena intención, resuelven todos los problemas de sus hijos. Pero eso les roba la oportunidad de desarrollar el músculo. Permíteles enfrentar consecuencias reales. Que olviden la tarea y enfrenten la mala calificación. Que les digan que no y aprendan a lidiar con el rechazo. Que fallen y aprendan. Empieza con retos pequeños y ve aumentando. El objetivo no es que nunca fallen, sino que aprendan a levantarse y continuar.

Henry Cloud integra estos tres principios en lo que llama *carácter*. Y hace una distinción importante. La personalidad son tus preferencias naturales —lo que te gusta, cómo prefieres interactuar con el mundo. Pero el carácter es diferente. El carácter es **la capacidad de responder a las demandas de la realidad**, especialmente cuando la realidad no es lo que esperabas.

Cuando algo sale mal. Cuando te critican. Cuando fallas. Ahí se revela tu carácter.

Una persona con buen carácter se vuelve *confiable*. No solo responde bien una vez. Responde bien consistentemente. Y esa confiabilidad nace de la exposición repetida a experiencias reales.

Si tú, como padre, privas a tu hijo de esas experiencias —si le resuelves todo, si lo rescatas de todo conflicto— entonces ni él mismo va a confiar en sí mismo. Porque nunca se ha demostrado que puede.

Ahora bien, desarrollar estos tres principios es fundamental. Pero hay una trampa en la que muchas familias caen cuando llega el momento de

elegir carrera. Una trampa que tiene que ver con cómo percibimos las profesiones.

LA TRAMPA DEL PRESTIGIO

Las investigaciones en orientación vocacional revelan algo interesante. La mayoría de los jóvenes eligen carreras basándose en “imágenes sociales” que tienen poco contenido informativo real, pero gran fuerza emocional.²

Cada profesión viene acompañada de una calificación en la escala del prestigio social. Y muchas familias eligen más por prestigio que por ajuste real con las fortalezas del hijo.

El problema es que estas imágenes sociales no siempre coinciden con la realidad profesional. La imagen de la medicina, por ejemplo, sugiere independencia, autonomía, estatus. Pero la realidad actual es diferente. Médicos en hospitales públicos con sueldos bajos, horarios agotadores, burocracia excesiva. La imagen que tenemos de hace años ya no corresponde a la realidad de hoy.

Lo mismo pasa con el estereotipo de que las profesiones universitarias automáticamente pagan mejor que los oficios técnicos. Hay trabajos técnicos que se realizan con máquinas de precisión y son mejor pagados que muchos trabajos intelectuales. Hay profesionistas con maestría que ganan menos que electricistas o plomeros especializados.

El trabajo de traje y corbata tiene más prestigio social que el realizado con

²Cortada de Kohan, N. (2008). *El profesor y la orientación vocacional* (2.ª ed.). Editorial Trillas.

uniforme. Eso es cierto. Pero **el prestigio no paga la renta. El ser competente sí.**

Y hay otro factor importante que debemos entender como padres.

Los adolescentes que están en preparatoria atraviesan una etapa natural del desarrollo. Están empezando a pensar en su futuro, pero todavía lo hacen desde sus emociones, no desde la información. Dicen “quiero ser médico” porque les gusta la imagen del doctor con bata blanca, no porque hayan investigado cómo es realmente la vida de un médico. Dicen “quiero estudiar Derecho” porque suena importante, no porque hayan pasado un día en un juzgado.

Es normal. Así funciona el cerebro adolescente. Primero sienten, luego piensan. Primero imaginan, luego investigan.

El problema es que muchos se quedan ahí. Nunca pasan de la fantasía a la realidad. Nunca contrastan lo que imaginan con lo que realmente existe. Y cuando finalmente entran a la universidad, el choque es brutal. “No era lo que yo esperaba.” Ya conocemos esa frase.

¿Por qué se quedan atrapados en esa etapa? Porque nadie los ayuda a dar el siguiente paso. Nadie los expone a experiencias reales que les permitan conocer las profesiones más allá de la imagen social. Nadie les muestra que hay una diferencia enorme entre lo que imaginan y lo que existe.

Aquí es donde todo se conecta. Y donde tú, como padre, entras en escena. Piensa en tu propia historia. En las decisiones que tomaste a los 17 o 18 años. ¿Las tomaste con información real o con imágenes sociales? ¿Alguien te ayudó a pasar de lo que sentías a lo que realmente podías hacer

bien? ¿O tuviste que descubrirlo solo, a golpes, después de años de prueba y error?

Ahora piensa en tu hijo. Está parado en el mismo lugar donde tú estuviste. Con las mismas dudas. Con la misma presión. Con las mismas mentiras sociales bombardeándolo desde todos lados. Pero con una diferencia importante.

Te tiene a ti.

Tú ya recorriste ese camino. Ya sabes que el prestigio a veces es una ilusión que cambia con las décadas o el contexto. Hace 50 años, ser artista o músico descalificaba socialmente. Hoy tienen gran prestigio. Hace 50 años, el sacerdocio era una de las carreras más respetadas. Hoy tienen dificultades para cubrir vacantes. Las modas pasan. Las imágenes sociales se transforman.

Lo que no cambia es el valor de una persona con carácter firme. Una persona competente, con buenas habilidades sociales, que resuelve problemas, será valiosa en cualquier época, en cualquier carrera, en cualquier país.

Si tu hijo elige solo por prestigio, probablemente elegirá mal. Si elige desde la fantasía, sin contrastar con la realidad, probablemente desertará. Si no desarrolla los tres principios del carácter, no importa qué carrera elija, no prosperará.

Pero si desarrolla carácter —competencia, relaciones, resolución de problemas— puede tener éxito en cualquier camino que tome. Porque el carácter es transferible. El carácter es permanente. El carácter es lo que queda cuando todo lo demás cambia.

La pregunta entonces es clara. ¿Qué vas a hacer tú para ayudarlo a desa-

rollar ese carácter?

TU TRABAJO COMO PADRE

Estos tres principios —competencia, relaciones, resolución de problemas— no aparecen mágicamente. Hay que *provocarlos*. Y ese es tu trabajo como padre.

Pero hay algo que quiero que entiendas antes de cerrar este capítulo.

Hay un modelo perfecto de paternidad que muchas veces pasamos por alto. Dios, como Padre, nos muestra algo profundo sobre cómo amar a nuestros hijos.

Dios, en su infinito amor y a pesar de saber todas las cosas que podrían suceder, no nos obliga a nada. Nos da la libertad de tomar nuestras propias decisiones, incluso cuando sabe que podemos equivocarnos. En Deuteronomio 30:19 dice: *“He puesto delante de ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida.”*

Nota lo que hace. Presenta las opciones. Explica las consecuencias. Da una recomendación clara. Pero al final dice “escoge tú”. No obliga. No manipula. Respeta la libertad que Él mismo nos dio, porque a través de ejercer esa libertad, se forma nuestro carácter, y Dios sabe que eso es muchísimo más importante que solo decirnos qué hacer.

Amar así es difícil. Porque requiere soltar el control. Requiere aceptar que tu hijo puede elegir diferente a lo que tú elegirías. Pero cuando amas dando libertad, algo hermoso sucede. Es más fácil recibir amor y respeto de vuelta. No hay resentimiento. No hay rebeldía forzada. Hay confianza

mutua.

Ahora, Dios nos da libertad, pero no nos deja sin guía. Nos da instrucciones, principios, mandamientos. Un norte claro para no perdernos. Y cuando nos perdemos, deja pistas para regresar a casa.

Eso es exactamente lo que hacemos como padres. Formamos. Enseñamos. Damos herramientas. Exponemos a experiencias. Pero al final, damos la libertad de elegir. Y confiamos en que, incluso si eligen mal, tienen lo necesario para remediar su error, aprender, volver a intentarlo, para regresar a casa.

Nuestro trabajo no es resolverles la vida. Nuestro trabajo es **exponerlos a situaciones** que les permitan aprender a resolver la suya.

En un ambiente seguro y progresivo durante la adolescencia. Con retos bien dosificados, cuidando su autoestima, avanzando paso a paso.

No los lanzas a la alberca profunda sin saber nadar. Pero tampoco los dejas toda la vida en la parte bajita con flotadores. Les enseñas en la parte bajita. Luego quitas los flotadores. Luego los dejas nadar en la parte media. Luego, cuando están listos, los dejas ir a la parte profunda.

De menos a más. A los 13 años, un trabajo de un mes ayudando en el negocio familiar. A los 15 años, un trabajo de verano de tres meses. A los 17 años, un proyecto de seis meses con responsabilidad real.

Pequeñas pruebas con consecuencias pequeñas que enseñan sin destruir la confianza. Si lo vemos como proceso, el tropiezo deja de ser sorpresa y se convierte en parte del plan.

Caerse no está mal si uno aprende a levantarse.

Al final, todo se reduce a esto.

¿Quieres que tu hijo tenga éxito profesional? Entonces forma una persona en la que otros puedan **confiar**.

Todos preferimos profesionales experimentados. Personas que ya han enfrentado problemas similares al nuestro y saben cómo reaccionar. Esa confiabilidad nace de años de exposición a experiencias reales donde tuvieron que responder y entregar resultados.

Si privas a tu hijo de esas experiencias durante la adolescencia, llegará a la vida adulta sin referentes. Sin evidencias de que puede. Sin confianza en sí mismo.

La buena noticia es que la adolescencia es el laboratorio perfecto para esto. Es el momento donde pueden cometer errores con consecuencias manejables. Donde pueden fracasar sin destruirse. Donde pueden intentar, fallar, ajustar, y volver a intentar.

Pero necesitas ser intencional. No va a pasar solo. Y necesitas soltar. No controlarlo todo. Confiar en el proceso. Confiar en lo que ya sembraste. Y darle la libertad de crecer.

RETO DEL CAPÍTULO

Siéntate con tu hijo y evalúen honestamente dónde está en cada pilar.

Pilar 1: Competencia

- ¿En qué es naturalmente bueno? (que otros reconozcan, no solo él)
- ¿Qué hace sin que nadie se lo pida?
- ¿Tiene evidencias tangibles de esa competencia?

Pilar 2: Relaciones

- ¿Tiene amigos cercanos que han durado al menos 2 años?
- ¿Puede trabajar en equipo sin crear conflictos?
- ¿Puede recibir crítica sin colapsar?

Pilar 3: Resolución de problemas

- ¿Puede completar proyectos aunque se compliquen?
- ¿Aprende de sus errores o repite los mismos?
- ¿Puede trabajar bajo presión sin paralizarse?

El trabajo de este capítulo

El carácter no se hereda. Se construye.

Y se construye mediante exposición repetida a situaciones donde tu hijo tiene que aportar valor (competencia), trabajar con otros (relaciones), y salir adelante a pesar de dificultades (resolución de problemas).

La universidad no va a formar el carácter de tu hijo. Eso es tu trabajo. Y el tiempo para hacerlo es ahora, durante la adolescencia, antes de que tome decisiones permanentes sobre su futuro.

No necesitas ser perfecto. No necesitas tener todas las respuestas. Solo necesitas ser intencional. Crear oportunidades. Soltar el control poco a poco. Y confiar en que lo que siembres dará fruto, aunque no lo veas de inmediato.

Recuerda. Amar es dar libertad. Pero libertad con guía. Libertad con principios. Libertad con la seguridad de que, pase lo que pase, tu hijo sabe que puede volver a casa.

Ahora bien, hemos hablado de carácter en general. Pero hay algo más específico que necesitas entender. Porque además de ese carácter hay fortalezas únicas que tu hijo tiene y que otros no. Talentos naturales. Inclina- ciones. Cosas que hace bien sin esfuerzo aparente.

Y esas fortalezas no se descubren con una prueba académica. Se descu- bren en casa. En el día a día. En las conversaciones que tienes con él. En lo que observas cuando nadie lo está evaluando.

En el siguiente capítulo vamos a hablar de cómo identificar esas fortalezas únicas. Cómo crear una cultura familiar que las nutra en lugar de apagar- las. Y cómo usar ese conocimiento para guiar, sin imponer, la decisión de carrera.

Pero todo empieza aquí. Con carácter.

Porque al final del día, **el éxito no depende de la carrera que elijas, sino del carácter que desarrolles.**

III

El talento que nadie nombró

LO QUE CREÍ DEFECTO ERA FORTALEZA

Siempre fui esa persona a la que le gustaba aprender de todo. Me gustaba la música, los deportes, la historia, las matemáticas. Disfrutaba estudiar, pero también salir a fiestas. Practiqué fútbol americano, soccer, voleibol y basketball. Pero nunca fui excelente en algo específico. Era promedio en todo.

Mucha gente me lo criticaba. Mi mamá me decía que si no escogía una sola cosa, nunca iba a poder ser muy bueno en algo. Pero a mí me parecía imposible elegir. Todo atraía mi atención. Y llegué a pensar que eso era un defecto. Que nunca iba a poder sobresalir en nada porque me gustaba todo. Creí que esa era mi maldición.

Además, siempre fui competitivo. Me gusta ganar y detesto perder. Esa intensidad se me notaba en el cuerpo, en las expresiones, en mi forma de hablar cuando competía. Si no me sentía satisfecho con el resultado, lo volvía a intentar hasta lograrlo.

Pero durante años escuché lo mismo de mi familia. “Relájate.” “No es para tanto.” “No pasa nada si pierdes.” No lo decían con mala intención. Simplemente ellos no eran competitivos como yo. Proyectaban su forma de ver las cosas sobre mí. Y yo, como muchos adolescentes, les creí. Concluí que algo estaba mal conmigo por querer ganar.

Me pasó algo similar con mi curiosidad por probar cosas nuevas. Me gus-

taba asumir riesgos que otros evitaban. Pero nunca tuve la guía correcta, y esa tendencia me metió en muchos problemas. De nuevo, escuché que “estaba mal”. Y sí, me estaba metiendo en problemas. Pero la valentía de hacer lo que otros no se atrevían no era el problema. El problema era que no sabía canalizarla. Terminé teniéndole miedo a esa parte de mí.

También fui esa persona que disfrutaba reunir amigos, buscar la armonía del grupo, tomar el rol de coordinar. Me llegaron a decir “el queda bien”. Otra vez, interpreté que algo estaba mal, y dejé de ser intencional con mis amistades.

Como muchos, crecí con inseguridades. Sin libertad para ser yo y disfrutarlo. Desconectado de mi propia realidad.

Todo cambió alrededor de los 23 años, cuando salí de casa y me independicé.

Dejé de escuchar esos comentarios negativos y pude ser yo mismo. Me permití ser competitivo e intenso. Y descubrí que me iba *mucho mejor* cuando dejaba de pelear contra mi naturaleza y empezaba a usarla a mi favor.

La competitividad y lo arriesgado me llevó a emprender. Y eso de que “me gustaba todo” resultó ser una ventaja enorme. Cuando tuve mi propio negocio, podía entender las diferentes áreas: ventas, atención al cliente, logística, impuestos, administración, finanzas, planeación, etc. Eso me colocaba muy por delante de mi competencia. La curiosidad por “estar en todo” me dio visión integral de un negocio. Y esa búsqueda de armonía que me habían criticado me convirtió en un jefe que escucha, reconoce talentos en otros, y construye confianza en equipos.

Lo que antes creí debilidad, hoy opera como ventaja.

Nadie lo había nombrado como fortaleza. Al ser incómodo para otros, la trataron como debilidad. Pero siempre estuvo ahí. Solo necesitaba permiso para salir.

Años después encontré una herramienta que me ayudó a ponerle nombre a todo esto. Se llama CliftonStrengths, desarrollada por la organización Gallup.¹

Cuando hice la evaluación y leí mis cinco fortalezas principales, se me salieron las lágrimas. Varias de ellas las había estado suprimiendo durante muchos años. Dentro de mí yo sabía que eran algo bueno, pero el mundo me había enseñado a suprimirlas.

Pude identificar que había vivido reprimiendo cualidades únicas en mí. Que reprimirlas y evitar ser yo mismo era parte de mis inseguridades. Y cuando descubrí que eran fortalezas, me sentí con la libertad de poder usarlas para mi beneficio.

Esa experiencia me enseñó algo que ahora comparto contigo.

Tu hijo tiene fortalezas que probablemente nadie ha nombrado. Y

si nadie las nombra, corre el riesgo de tratarlas como defectos. De suprimirlas. De que crezca desconectado de lo mejor que tiene.

Tu trabajo como padre, además de formar su carácter, es **descubrir y validar las fortalezas únicas de tu hijo**. Darles nombre. Darles valor. Darles espacio para crecer.

Y esto no me pasó solo a mí. Le pasa a muchos.

¹Rath, T. (2007). *StrengthsFinder 2.0*. Gallup Press. Edición en español: Rath, T. (2022). *Descubre tus fortalezas 2.0*. Reverté Management.

Tus hijos desde chiquitos saben que todos somos diferentes. A algunos les gusta el helado de chocolate, a otros el de vainilla. A algunos les gusta el ballet, a otros el fútbol. A algunos les gusta correr, a otros quedarse quietos leyendo.

Eso lo saben. Lo aprendieron en el kínder.

Pero hay algo que muchos nunca aprenden. Algo que tú, como padre, tienes que enseñarles intencionalmente.

Necesitan aprender a valorar esas diferencias, no a rechazarlas.

Y aquí está el problema. Un niño o adolescente solo va a valorar lo diferente que es si esa diferencia le trae resultados positivos. Si su diferencia solo le trae críticas, burlas, o problemas, va a intentar suprimirla. Va a intentar ser como todos los demás.

Piensa en el niño callado y observador que prefiere leer en el recreo en lugar de jugar fútbol. Si sus compañeros se burlan y su papá le dice “no seas raro, ve a jugar”, ese niño va a concluir que algo está mal con él. Va a esconder ese rasgo. Cuando en realidad, ser observador y reflexivo es una fortaleza valiosa en campos como la investigación, la escritura, el análisis de datos.

O piensa en la niña hiperactiva que no puede quedarse quieta, que siempre está organizando juegos y reuniendo amigos. Si los maestros la etiquetan como “problemática” y sus papás la regañan constantemente por “no estarse quieta”, va a crecer creyendo que su energía es un defecto. Cuando en realidad, esa capacidad de movilizar personas es oro puro en campos como ventas, liderazgo, organización de eventos.

Un adolescente que aprende que sus diferencias son fortalezas —que son valoradas, que dan resultados en ciertas áreas de la vida— va a

empezar a querer desarrollarlas.

Cuando un adolescente se da cuenta que es bueno en algo, no necesitas empujarlo a practicar. Lo va a hacer solo. Va a querer hacer más de lo que él sabe que es bueno, porque dar resultados y tener pequeñas victorias lo hace sentir bien y lo mantiene motivado para seguir creciendo.

Pero para que eso pase, alguien tiene que nombrarlo primero. Alguien tiene que decirle: “Eso que haces es una fortaleza. Tiene valor. Vamos a desarrollarla.”

Ese alguien eres tú.

Y para poder nombrarlo, necesitas herramientas. Necesitas un lenguaje. Necesitas saber qué buscar.

DE TALENTO A FORTALEZA

En el Capítulo 2 hablamos del primer principio del éxito: ser competente en algo. Ser realmente bueno. No mediocre.

Pero surge una pregunta obvia. ¿Cómo logras que tu hijo sea sobresaliente en algo?

La respuesta está en una fórmula que Gallup descubrió después de décadas estudiando a personas exitosas en todo el mundo:

$$\text{Talento} \times \text{Inversión} = \text{Fortaleza}$$

Déjame explicar cada parte, porque entender esta fórmula puede cambiar la forma en que ves a tu hijo.

Talento es una forma natural de pensar, sentir o actuar. Es algo con lo que naces. No lo eliges. Simplemente está ahí.

Todos tenemos talentos naturales. Todos. Tus hijos están incluidos. La pregunta no es *si* tiene talentos, sino *cuáles* son y si alguien los ha identificado.

El talento se manifiesta como una tendencia natural. El niño que siempre está organizando cosas tiene talento para eso. La niña que no puede dejar de hablar y convencer a otros tiene talento para comunicar. El adolescente que pasa horas investigando un tema que le interesa tiene talento para aprender. No es esfuerzo forzado. Es inclinación natural.

Inversión es el tiempo de práctica que dedicas a desarrollar ese talento. Las habilidades que adquieres. El conocimiento que acumulas. Las horas que inviertes intencionalmente en mejorar.

El talento solo no basta. Un diamante en bruto sigue siendo una piedra si nadie lo pule. Un talento sin inversión es potencial desperdiciado.

Fortaleza es el resultado. La capacidad de generar un rendimiento excelente de forma constante. No solo hacerlo bien una vez. Hacerlo bien siempre. Es cuando el talento natural, cultivado con práctica intencional, se convierte en una ventaja real.

Aquí está lo importante. En esta fórmula, el talento funciona como *multiplicador*.

Piénsalo con números. Si tu hijo tiene poco talento natural para algo (digamos, un 2 en una escala del 1 al 5), pero invierte muchísimo esfuerzo (un 5), su fortaleza resultante sería 10. Podrá lograr un nivel básico de competencia y con mucho trabajo invertido.

Pero si tu hijo tiene talento natural alto (un 5) y además invierte esfuer-

zo (otro 5), su fortaleza resultante sería 25. Más del doble con el mismo esfuerzo.

El mismo esfuerzo produce resultados radicalmente diferentes dependiendo de si se aplica sobre un talento natural o no.

Ahora veamos los escenarios que se pueden dar:

Escenario 1: Mucho esfuerzo, poco talento. Es la persona que trabaja durísimo en algo para lo que no tiene inclinación natural. Pasa años estudiando, practicando, esforzándose. Puede lograr un nivel aceptable, pero nunca sobresaliente. Se frustra porque ve a otros avanzar más rápido con menos esfuerzo. Muchos desertan de carreras universitarias por esto. Eligieron algo que no encajaba con sus talentos y, por más que se esforzaron, nunca pudieron destacar.

Escenario 2: Mucho talento, poca inversión. Es la persona que tiene un don natural pero nunca lo desarrolla. El niño que dibuja increíble pero nunca toma clases. El adolescente que tiene facilidad para liderar pero nunca acepta responsabilidades. El joven que podría ser brillante en algo pero prefiere la comodidad. Tiene el diamante en bruto, pero nunca lo pule. Y el potencial se queda en eso: potencial.

Escenario 3: Talento identificado e inversión intencional. Es cuando alguien descubre su talento natural y decide cultivarlo. Practica. Estudia. Se expone a retos progresivos. El talento se multiplica con la inversión y se convierte en fortaleza real. Esta persona no solo es buena en lo que hace. Es sobresaliente. Y además disfruta haciéndolo, porque está alineado con su naturaleza.

Hay una historia antigua que ilustra esto perfectamente. En la Biblia, Jesús cuenta una parábola sobre un hombre que, antes de salir de viaje, les confía dinero a tres empleados.² A uno le da cinco monedas, a otro dos, y a otro una. A cada uno según su capacidad.

Los primeros dos invierten lo que recibieron. Trabajan con ello. Lo multiplican. Cuando el jefe regresa, le entregan el doble de lo que les dio.

El tercero tuvo miedo. En lugar de invertir su moneda, la enterró. La escondió. No hizo nada con ella. Cuando el jefe regresa y le pregunta qué hizo, su respuesta es reveladora: “Tuve miedo y escondí lo que me diste.”

El jefe no lo felicita por “proteger” lo que tenía. Lo reprende por no hacer nada con ello.

Esta historia enseña principios poderosos que aplican directamente a lo que estamos hablando:

Primero, **los talentos se nos dan según nuestra capacidad**. No todos recibimos lo mismo, y eso está bien. Tu hijo tiene talentos específicos para él.

Segundo, **se nos pedirá cuenta de lo que hicimos con ellos**. No de los talentos de otros. De los propios.

Tercero, **no hacer nada con un talento es desperdiciarlo**. El problema del tercer empleado no fue que tenía poco. Fue que no hizo nada con lo que tenía.

Y cuarto —y esto es crucial— **el miedo aparece cuando comparamos nuestros talentos con los de otros**. El tercer empleado vio que los otros tenían más y se paralizó. Menospreció lo que él tenía. Pero nadie le pidió

²Mateo 25:14-30

que administrara los talentos de los demás. Solo los suyos.

Más adelante hablaremos de cómo evitar la trampa de la comparación. Por ahora, quédate con esto: tu trabajo como padre no es comparar a tu hijo con otros. Es ayudarlo a identificar sus talentos únicos y crear las condiciones para que los multiplique.

Hay una creencia cultural muy arraigada que dice: “Si te esfuerzas lo suficiente, puedes alcanzar todas tus metas.” Suena inspirador. Pero no es del todo cierto.

La realidad es otra:

No puedes ser todo lo que quieras ser. Pero puedes llegar a ser mucho más de lo que ya eres.

No todos servimos para todo. Y eso no es malo. Es simplemente la realidad. Tu hijo tiene talentos naturales en ciertas áreas y no en otras. Tu trabajo no es forzarlo a ser bueno en todo. Tu trabajo es descubrir dónde están sus talentos y ayudarlo a invertir ahí.

Cuando tu hijo trabaja desde sus fortalezas, todo cambia:

- Tiene ganas de practicar sin que nadie lo obligue
- Aprende más rápido que otros en esa área
- Se siente motivado y con energía
- Los resultados llegan de forma natural
- Su confianza crece con cada pequeña victoria

Cuando trabaja fuera de sus fortalezas, pasa lo contrario. Tiene que esforzarse el triple para lograr lo mismo que otros. Se frustra. Pierde motivación. Y aunque logre un nivel básico de competencia, nunca será sobresaliente.

LOS 34 TALENTOS QUE TU HIJO PUEDE TENER

Ahora viene la parte práctica. ¿Cómo identificas los talentos de tu hijo? Gallup identificó 34 temas de talento que aparecen consistentemente en las personas. No son los únicos talentos posibles, pero representan los patrones más comunes que encontraron después de estudiar a millones de personas.

Te presento estos 34 temas organizados por categorías. Mientras los lees, piensa en tu hijo. ¿Cuáles reconoces en él? ¿Cuáles has visto pero nunca habías nombrado?

Talentos de Ejecución — Hacen que las cosas sucedan

- **Logrador:** Siempre está haciendo algo. Le molesta el tiempo sin producir. *Funciona bien en:* emprendimiento, ventas, proyectos con metas claras.
- **Organizador:** Coordina muchas cosas a la vez y encuentra la mejor forma de acomodarlas. *Funciona bien en:* logística, producción, organización de eventos.
- **Creencia:** Tiene valores firmes que guían todo lo que hace. *Funciona bien en:* trabajo social, ministerio, causas con propósito.
- **Disciplina:** Le gusta el orden, la rutina y la estructura. *Funciona bien en:* contabilidad, administración, control de calidad.
- **Enfoque:** Cuando elige una meta, no la suelta hasta lograrla. *Funciona bien en:* gerencia de proyectos, deportes, investigación.
- **Responsabilidad:** Lo que promete, lo cumple. Su palabra vale. *Funciona bien en:* cualquier puesto de confianza, supervisión, aten-

ción al cliente.

- **Restaurador:** Le encanta arreglar lo que está roto. Detecta problemas y busca soluciones. *Funciona bien en:* soporte técnico, medicina, consultoría.

Talentos de Influencia — Toman el mando e impactan a otros

- **Activador:** No le gusta planear demasiado. Prefiere actuar ya. *Funciona bien en:* startups, ventas, roles que requieren iniciativa rápida.
- **Mando:** Tiene presencia natural. Toma decisiones difíciles sin problema. *Funciona bien en:* dirección, política, situaciones de crisis.
- **Comunicación:** Explica ideas complejas de forma simple. Es buen conversador. *Funciona bien en:* periodismo, docencia, marketing, ventas.
- **Competitivo:** La competencia lo motiva. Le gusta medir su progreso contra otros. *Funciona bien en:* deportes, ventas, cualquier ambiente con rankings.
- **Maximizador:** Busca la excelencia. Prefiere mejorar lo bueno que arreglar lo malo. *Funciona bien en:* desarrollo de talento, coaching, producción de alta calidad.
- **Autoconfianza:** Confía en su criterio. Puede tomar riesgos sin paralizarse. *Funciona bien en:* emprendimiento, liderazgo, roles con autonomía.
- **Significación:** Quiere dejar huella. Le importa ser reconocido por hacer algo importante. *Funciona bien en:* cargos públicos, fundaciones, proyectos de alto impacto.

- **Carisma:** Le encanta conocer gente nueva y ganarse su confianza rápido. *Funciona bien en:* relaciones públicas, ventas, networking, política.

Talentos de Relación — Construyen y mantienen vínculos

- **Adaptabilidad:** Fluye con los cambios. No le estresa lo inesperado. *Funciona bien en:* atención a clientes, trabajo en campo, ambientes cambiantes.
- **Conexión:** Ve cómo todo está relacionado. Encuentra sentido en los eventos. *Funciona bien en:* roles espirituales, terapia, trabajo comunitario.
- **Desarrollador:** Disfruta ver crecer a otros. Detecta potencial donde otros no lo ven. *Funciona bien en:* docencia, coaching, recursos humanos, mentoría.
- **Empatía:** Siente lo que otros sienten. Entiende perspectivas diferentes. *Funciona bien en:* psicología, servicio al cliente, trabajo social, salud.
- **Armonía:** Busca acuerdos. Evita conflictos innecesarios. *Funciona bien en:* mediación, trabajo en equipo, negociación, diplomacia.
- **Inclusión:** Nota quién se siente excluido y hace algo al respecto. *Funciona bien en:* recursos humanos, trabajo social, educación especial.
- **Individualización:** Ve lo único de cada persona. Sabe cómo armar equipos diversos. *Funciona bien en:* reclutamiento, docencia personalizada, liderazgo de equipos.
- **Positivo:** Su entusiasmo es contagioso. Motiva a otros con su op-

timismo. *Funciona bien en:* ventas, servicio, cualquier rol de cara al público.

- **Relación:** Prefiere pocas amistades profundas que muchas superficiales. *Funciona bien en:* roles de confianza, asesoría personal, trabajo con clientes recurrentes.

Talentos de Pensamiento Estratégico — Analizan y toman decisiones

- **Análítico:** Necesita datos y pruebas. No le basta con opiniones. *Funciona bien en:* investigación, finanzas, ciencia, análisis de datos.
- **Contexto:** Entiende el presente mirando el pasado. La historia le da perspectiva. *Funciona bien en:* historia, derecho, consultoría, política.
- **Futurista:** Visualiza lo que podría ser. El futuro lo inspira más que el presente. *Funciona bien en:* innovación, tecnología, planeación estratégica.
- **Ideación:** Le fascinan las ideas nuevas. Conecta cosas que otros no relacionan. *Funciona bien en:* publicidad, diseño, investigación, emprendimiento.
- **Intelección:** Disfruta pensar profundamente. Es reflexivo e introspectivo. *Funciona bien en:* filosofía, escritura, investigación, roles de análisis.
- **Estudioso:** Ama aprender. El proceso de descubrir algo nuevo lo emociona. *Funciona bien en:* cualquier campo que requiera actualización constante.
- **Estratégico:** Ve caminos donde otros ven obstáculos. Identifica patrones y rutas alternativas. *Funciona bien en:* consultoría, direc-

ción, planeación, negocios.

- **Prudencia:** Piensa antes de actuar. Anticipa riesgos. *Funciona bien en:* finanzas, seguridad, auditoría, roles de riesgo.
- **Recopilador:** Guarda información que podría ser útil después. Le gusta saber de todo. *Funciona bien en:* investigación, bibliotecas, periodismo, archivo.

Esta lista no es para que tu hijo memorice o para que le pongas etiquetas. Es una herramienta para que tú, como padre, empieces a observar con otros ojos.

La próxima vez que veas a tu hijo haciendo algo sin que nadie se lo pida, pregúntate: ¿qué talento está usando ahí? La próxima vez que lo veas frustrado o energizado, pregúntate: ¿está trabajando con sus talentos o contra ellos?

Si quieres profundizar más, te recomiendo que tu hijo haga la evaluación oficial de CliftonStrengths y que ambos lean el libro *Descubre tus fortalezas 2.0*. Pero incluso sin hacer el test, esta lista te da un punto de partida para empezar a nombrar lo que observas.

Porque lo que no se nombra, no se valora. Y lo que no se valora, se suprime.

LA CULTURA QUE NUTRE O QUE APAGA

Identificar los talentos es solo el primer paso. El segundo —y más difícil— es crear un ambiente en casa donde esos talentos puedan practicarse sin miedo.

Cuando un padre adopta la filosofía de fortalezas, no basta con nombrarlas. Hay que construir una cultura familiar donde esas fortalezas puedan desarrollarse en libertad, sin culpa, sin crítica constante.

Déjame compartirte cuatro errores que he visto una y otra vez en familias bien intencionadas. Cuatro formas de apagar los talentos de un hijo sin darte cuenta.

Error 1: Comparar

“¿Por qué no puedes ser como tu hermano?”

“Tu prima ya sabe tocar piano y tú apenas estás empezando.”

“Mira cómo se porta el hijo de los vecinos.”

La comparación entre hermanos, primos o compañeros entrena a un adolescente a desconfiar de sí mismo. Lo obliga a medir su valor por métricas ajenas. Y lo peor: rompe con la premisa básica de las fortalezas, que cada persona tiene una combinación única de talentos.

Si afirmo que la combinación de fortalezas de mi hijo es única e irrepetible, entonces compararlo con otros es incoherente. Es como criticar a un pez por no saber trepar árboles.

La regla puede ser simple: “En esta casa no comparamos. Y tampoco cancelamos la libertad que otros tienen de ser quienes son.”

Error 2: Imponer

“Vas a estudiar Medicina porque yo siempre quise ser médico.”

“En esta familia todos somos abogados.”

“Esa carrera no te conviene. Vas a estudiar lo que yo te diga.”

Imponer tu vocación frustrada o tus miedos profesionales sobre tu hijo

cancela su discernimiento. Convierte la elección de carrera en obediencia ciega, no en buena administración de sus talentos.

El objetivo no es que tu hijo repita tu biografía. Es que tenga la libertad de elegir cómo y dónde usar sus fortalezas. Tu papel es orientar con datos, escenarios y consecuencias. No dictar sentencia.

Recuerda lo que vimos en el capítulo anterior. Dios nos da libertad para elegir, aunque sabe que podemos equivocarnos. Porque a través de ejercer esa libertad se forma el carácter. Nosotros, como padres, hacemos lo mismo.

Error 3: Amenazar con dinero

“Si no estudias Ingeniería, vas a morirte de hambre.”

“Los artistas no ganan nada. Mejor estudia algo de provecho.”

“¿Psicología? ¿Y de qué vas a vivir?”

Esto es pedagogía del miedo. Y el miedo puede forzar decisiones, pero aborta la confianza y la curiosidad. Las mejores decisiones de la vida no se toman desde el miedo.

La Biblia dice en 1 Juan 4:18 que “en el amor no hay temor”. Si amas a tu hijo, no lo manipulas con miedo. Lo orientas con información.

En lugar de amenazar, habla de modelos de ingreso. Explícale qué problema resuelve cada profesión, a quién se lo resuelve, y cómo se cobra por eso. El dinero deja de ser látigo y se vuelve consecuencia natural del trabajo bien hecho.

Error 4: Rescatar de todo

“No te preocupes, yo hablo con tu maestro.”

“Déjame resolver esto por ti.”

“Tú no te metas, yo me encargo.”

Rescatar sistemáticamente a tu hijo de todo problema no le enseña a manejar conflictos. Le roba la oportunidad de desarrollar el músculo.

Recuerda la fórmula. Talento \times Inversión = Fortaleza. La inversión incluye práctica. Y la práctica incluye fallar, ajustar, y volver a intentar. Si quitas el obstáculo, quitas el músculo.

Esto no significa abandonarlos. Significa acompañar sin resolver. Estar presente sin tomar el control. Dejar que el dolor tolerable haga su trabajo. El micro-riesgo cuidadosamente administrado construye autoestima real. No la autoestima que viene de halagos vacíos, sino la que nace de evidencias: “lo intenté, mejoré, lo logré”.

Estos cuatro errores —comparar, imponer, amenazar, rescatar— son comunes porque vienen de buenas intenciones. Ningún padre los comete queriendo hacer daño. Pero el resultado es el mismo: talentos que se apagan, fortalezas que se suprimen, hijos que crecen desconectados de lo mejor que tienen.

La buena noticia es que puedes cambiar. No tienes que ser perfecto. Solo tienes que ser intencional.

EL LABORATORIO DE CASA

Tu rol como padre es crear el ambiente donde tu hijo pueda descubrir sus talentos, nombrarlos, y practicarlos sin miedo a ser ridiculizado o criticado.

Pero no basta con identificarlos. Tienes que ser intencional en cultivarlos. Un talento sin inversión es solo potencial. Y el potencial sin acción no paga cuentas, no abre puertas, no construye carreras. Tu trabajo como padre es crear las condiciones para que ese talento se convierta en fortaleza real.

¿Cómo se ve eso en la práctica?

Primero, observa sin juzgar. ¿Qué hace tu hijo cuando nadie lo obliga? ¿En qué actividades pierde la noción del tiempo? ¿Qué cosas hace mejor que sus compañeros sin esfuerzo aparente? Esas son pistas de talento.

Segundo, nombra lo que ves. No basta con observar. Tienes que decirlo en voz alta. “Hijo, noto que tienes facilidad para organizar cosas. Eso es una fortaleza.” “Hija, veo que la gente te busca cuando tiene problemas. Tienes talento para escuchar y conectar.”

Cuando nombras un talento, le das permiso de existir. Le das valor. Le das identidad.

Tercero, crea oportunidades de práctica. Si tu hijo muestra talento para comunicar, busca espacios donde pueda practicar: un club de debate, un podcast escolar, presentaciones en familia. Si muestra talento para organizar, dale proyectos que coordinar. Si muestra talento para analizar, involúcralo en decisiones familiares que requieran investigación.

La fortaleza no se desarrolla solo observando. Se desarrolla haciendo.

Cuarto, celebra el progreso, no solo el resultado. No esperes a que gane el concurso para celebrar. Celebra que se atrevió a participar. Celebra que practicó tres horas sin que nadie lo obligara. Celebra que mejoró respecto a la semana pasada.

El progreso constante construye confianza. Y la confianza alimenta más práctica. Y más práctica produce más progreso. Es un ciclo virtuoso.

Quinto, protege el espacio de experimentación. Tu hijo va a fallar. Va a intentar cosas que no funcionan. Va a descubrir que algunos talentos que creía tener no eran tan fuertes. Eso es parte del proceso.

Tu trabajo no es evitar que falle. Tu trabajo es crear un espacio donde el fracaso no sea catastrófico. Donde pueda experimentar, equivocarse, ajustar, y volver a intentar. Eso es lo que hace un laboratorio. Y tu casa puede ser ese laboratorio.

Ahora, hay algo importante que debes entender sobre las debilidades. Muchos padres se obsesionan con corregir las debilidades de sus hijos. “Mi hijo es malo en matemáticas, hay que meterlo a clases hasta que las entienda.” “Mi hija es muy tímida, hay que forzarla a hablar en público.” Pero piénsalo. ¿Conoces a alguna persona exitosa que haya llegado a donde está perfeccionando sus debilidades?

Yo no conozco a ninguna.

Los atletas de alto rendimiento no se enfocan en los deportes que se les dificultan. Se especializan en el que dominan.

Nadie se vuelve extraordinario perfeccionando sus debilidades. Las personas exitosas se vuelven exitosas perfeccionando sus fortalezas.

Entonces, ¿qué hacemos con las debilidades? Las gestionamos. No las ignoramos, pero tampoco invertimos toda nuestra energía en ellas. Las conocemos, las aceptamos, y buscamos formas de compensarlas.

Hay una historia que ilustra esto perfectamente.

Cuentan que un periodista le preguntó a Bill Gates: “Señor Gates, dicen que usted no es el mejor programador, ni el mejor ingeniero, ni el mejor administrador. ¿Cómo se explica entonces que haya construido el imperio tecnológico más grande del mundo?”

Gates sonrió y respondió: “Tienes razón. Yo no soy el mejor en nada de eso.”

El periodista, sorprendido, insistió: “Entonces, ¿cuál es su talento? ¿Qué lo hizo triunfar?”

Gates contestó: “Muy simple. Tengo el número de teléfono de los mejores. Si necesito arquitectura de software, llamo al mejor arquitecto. Si necesito un líder de negocios, llamo al mejor líder. Si necesito resolver un problema que no entiendo, llamo a quien sí lo entiende.”

Y remató: “Mi habilidad no es hacerlo todo. Mi habilidad es rodearme de quienes pueden hacerlo mejor que yo.”

Esto es lo que quiero que entiendas como padre.

Tu hijo no necesita ser bueno en todo. Necesita ser excelente en algo. Y necesita aprender a trabajar con personas que lo complementen.

En el mundo real, nadie trabaja solo. Las mejores empresas están formadas por equipos de personas con talentos diferentes que se complementan. El que es bueno analizando trabaja con el que es bueno comunicando. El que es bueno ejecutando trabaja con el que es bueno planeando.

Tu trabajo no es crear un hijo que pueda hacerlo todo. Es ayudarlo a identificar en qué es fuerte, desarrollar esa fortaleza al máximo, y enseñarle a colaborar con otros que son fuertes donde él es débil.

Eso es más realista. Y mucho más efectivo.

RETO DEL CAPÍTULO

Ahora viene tu parte. Este ejercicio te ayudará a identificar los talentos naturales de tu hijo y crear un plan para cultivarlos.

Paso 1: Observa y anota.

Durante esta semana, observa a tu hijo con ojos nuevos. Lleva un registro diario en tu teléfono o en un cuaderno. No juzgues lo que ves. Solo anótalo.

Preguntas para observar talentos naturales:

- ¿Qué actividades hace sin que nadie se lo pida?
- ¿En qué momentos parece más energizado o motivado?
- ¿Qué cosas hace mejor que otros de su edad sin esfuerzo aparente?
- ¿Qué tipo de problemas le gusta resolver?
- ¿Cómo se relaciona con amigos? ¿Es el que organiza, el que escucha, el que propone ideas?
- Cuando explica algo, ¿lo hace fácilmente o le cuesta encontrar las palabras?
- ¿Qué hace cuando tiene tiempo libre? ¿Lee, dibuja, arma cosas, investiga, socializa?
- ¿Qué elogios ha recibido de maestros, entrenadores o amigos?

Paso 2: Revisa la lista de 34 talentos.

Vuelve a leer la sección anterior con las descripciones de los 34 talentos de Gallup. Mientras lees, piensa en situaciones concretas donde has visto esos comportamientos en tu hijo.

Marca los 5 talentos que más reconoces. No tienen que ser perfectos. Solo

los que más se acercan a lo que observas.

Paso 3: Revisa los 4 errores.

Antes de hablar con tu hijo, hazte estas preguntas con honestidad:

- ¿He comparado a mi hijo con sus hermanos o primos respecto a estos talentos?
- ¿Estoy abierto a que su talento lo lleve por un camino diferente al que yo imaginé?
- ¿He usado el miedo (“no vas a ganar dinero con eso”) para desanimarlo de algo que le apasiona?
- ¿Lo rescato demasiado en lugar de dejarlo practicar y fallar?

Si respondiste sí a alguna, está bien. Ahora lo sabes. Puedes empezar a cambiar.

Paso 4: Ten la conversación.

Elige un momento tranquilo. Sin distracciones. Siéntate con tu hijo y comparte lo que observaste durante la semana.

Usa frases afirmativas:

- “He notado que tienes facilidad para...”
- “Me di cuenta de que cuando haces X, te ves muy motivado.”
- “Creo que uno de tus talentos naturales es...”

Luego pregúntale:

- ¿Estás de acuerdo con lo que observé?
- ¿Qué otros talentos crees que tienes?
- ¿Hay algo que te guste hacer pero que sientas que no puedes porque alguien te ha dicho que no es bueno?
- Si pudieras ser excelente en algo, ¿qué sería?

Escucha más de lo que hablas. No corrijas. No minimices. Solo escucha.

Paso 5: Planeen juntos un experimento.

Recuerda la fórmula: Talento \times Inversión = Fortaleza.

Ya identificaron el talento (Paso 1 y 2). Ahora necesitan crear la inversión (práctica intencional).

Elijan *un solo talento* que quieran desarrollar en los próximos tres meses.

Pregúntale a tu hijo cuál le gustaría explorar primero.

Busquen juntos:

- Una actividad, curso, o proyecto donde pueda practicarlo
- Un mentor, coach, o persona que ya sea fuerte en ese talento
- Un espacio seguro donde pueda experimentar sin miedo a fallar

Comprométanse a revisarlo juntos cada mes:

- ¿Qué aprendió este mes?
- ¿Qué le gustó? ¿Qué no?
- ¿Siente que está mejorando?
- ¿Quiere seguir o probar algo diferente?

No necesitas tener todas las respuestas. No necesitas ser experto en fortalezas. Solo necesitas empezar a observar con intención, nombrar lo que ves, y crear espacios para que tu hijo practique.

Porque al final del día, **las fortalezas no se nos dieron por accidente.**

Se nos confiaron para multiplicarlas.

Y tu rol como padre es ser el primero en nombrarlas. El primero en valorarlas. El primero en crear el espacio donde puedan florecer.

En el siguiente capítulo vamos a hablar de algo que complementa todo

esto: cómo ayudar a tu hijo a pasar de la teoría a la práctica. Cómo convertir esos talentos identificados en evidencias concretas de valor. Cómo prepararlo para el mundo real antes de que el mundo real lo ponga a prueba.

Parte II

De la teoría a la acción

Herramientas prácticas para explorar y decidir

El mundo real de las profesiones

Hace unos años conocí a un joven llamado Eduardo. Tenía 24 años, acababa de terminar la carrera de Administración, y estaba frustrado. No porque le hubiera ido mal en la escuela. Al contrario. Había sido buen estudiante, responsable, dedicado. Terminó con promedio alto y hasta hizo prácticas en una empresa reconocida.

El problema era otro.

Eduardo no sabía qué hacer con su vida. Había elegido Administración porque le dijeron que “de todo podía trabajar”. Que era una carrera “versátil”. Que “siempre hay trabajo para un administrador”. Y técnicamente era cierto. Pero después de tres años buscando su lugar, seguía sintiéndose perdido.

“Es que soy bueno para muchas cosas”, me dijo, “pero no sé en qué enfocarme.”

Y ahí estaba el problema. Eduardo conocía sus fortalezas. Sabía que era organizado, analítico, bueno para comunicar. Pero nunca nadie le enseñó la otra mitad de la ecuación: *¿para qué sirven esas fortalezas en el mundo real? ¿Qué problemas pueden resolver? ¿A quién pueden ayudar?*

Eduardo tenía poder. Pero no tenía dirección.

Si llegaste hasta aquí, ya rompimos tres ideas que a muchos papás —con buena intención— nos metieron en la cabeza:

- I. La carrera no define el destino. La persona lo define.

2. El carácter es el verdadero seguro del éxito, porque la vida real premia a quien sabe ser competente, construir relaciones y resolver problemas. No a quien presume títulos.
3. El talento existe, aunque nadie lo nombre. Y cuando lo inviertes bien, se convierte en fortaleza.

Ya establecimos que todos tenemos talentos. Que si invertimos en esos talentos, se pueden volver fortalezas. Y que estas fortalezas, junto con nuestra personalidad, nuestros intereses, nuestro carácter y nuestras experiencias, se convierten en lo que somos.

Es el conjunto de todo esto lo que realmente somos. No es solamente un interés, o una fortaleza, o una debilidad, o ciertas experiencias lo que nos definen. Es el conjunto de todo.

Hasta aquí ya tienes una parte del mapa. La parte de adentro.

Ahora toca la otra parte. La parte de afuera. La realidad en donde tu hijo va a estudiar, trabajar y aportar.

CONOCERSE ES SOLO EL INICIO

Muchos padres creen que si su hijo “se conoce bien”, la decisión de carrera será fácil. Que si identifica sus talentos, sus intereses, su personalidad, el camino se revelará solo.

Ojalá fuera así de simple.

La realidad es que conocerte es necesario, pero no es suficiente. Si bien conocer las fortalezas, tener un carácter desarrollado, tener experiencias que nos muestren los intereses son un excelente punto de partida, **no es todo lo necesario.**

También necesitamos ser conscientes de la realidad en la que vivimos, el contexto que nos rodea, la sociedad de la que somos parte y las necesidades que esa sociedad tiene. Sin eso, las fortalezas se quedan flotando en el aire, sin lugar donde aterrizar.

Déjame explicarlo con una frase que quiero que recuerdes:

La fortaleza es poder. Pero el contexto es dirección.

Tu hijo puede tener una fortaleza genuina y aun así terminar frustrado. Puede ser realmente bueno en algo y no prosperar. No por falta de capacidad, sino porque nadie le enseñó a conectar lo que sabe hacer con lo que el mundo necesita. ¿Has conocido a alguien con mucho talento pero que nunca logró algo grande en la vida? Probablemente esa persona tenía poder de sobra, pero le faltaba dirección. Y aunque con poder puedes avanzar mucho, seguramente será hacia el lugar incorrecto.

Déjame darte un ejemplo concreto.

Imagina que tu hijo es naturalmente bueno explicando cosas. Cuando un compañero no entiende la tarea, él encuentra la forma de hacerlo claro. Esa es su fortaleza.

Ahora, ¿dónde puede usar esa fortaleza?

Puede quedarse solo ayudando a su mejor amigo cuando se lo pide. O puede convertirse en el tutor de su salón, ayudando a varios compañeros y ganándose reputación de “el que explica bien”. O puede crear videos cortos explicando temas difíciles y compartirlos con toda su generación. Misma fortaleza. Tres niveles de impacto completamente diferentes.

La diferencia no está solo en qué tan bueno es. Está en dónde y a

cuántas personas ayuda con esa habilidad.

Por eso la pregunta importante no es solo *¿en qué soy bueno?* La pregunta completa es: *¿En qué soy bueno y quién necesita eso?*

EL SECRETO PARA QUE LES VAYA BIEN

Todos los padres quieren que les vaya bien a sus hijos. Eso es natural. No debería sorprendernos.

Sin embargo, no todos les dan una estrategia para que eso suceda.

Como vimos en el Capítulo 1, a veces confiamos en que la escuela está haciendo su trabajo de enseñarles algo importante para que les vaya bien en la vida. Pero no siempre es el caso.

Y entonces, ¿qué consejos les damos? Los clásicos: “Échale ganas, hijo”, “Estudia mucho”, “Trabaja duro”, “Sé buena persona”. Frases que suenan bien y que decimos con cariño. El problema es que estos consejos son muy ambiguos. No le dan un indicador claro al adolescente para tomar decisiones. Él cree que el trabajo en exceso es la clave. Pero en la vida real no es así de simple.

Conocemos muchas personas que no trabajan ni 30 horas a la semana y les va el doble o triple mejor financieramente que los que trabajan 60. Muchas personas que no eran las más inteligentes de su salón tienen mejores puestos que los que sacaban puros dieces. Gente muy trabajadora que nunca prospera. Gente muy inteligente que nunca despega.

¿Por qué?

Porque **el esfuerzo por sí solo no garantiza resultados**. El esfuerzo necesita dirección.

Te lo digo claro:

“Échale ganas” no es un plan. Es un deseo.

Las ganas ayudan. El esfuerzo importa. Pero no reemplazan una verdad básica que nadie nos enseñó:

El mundo no recompensa esfuerzo. Recompensa valor agregado.

¿Y qué es “valor”?

- Resolver un problema que a alguien le duele
- Mejorar un proceso que cuesta tiempo o dinero
- Hacer algo más fácil o más rápido para otros
- Reducir un riesgo que preocupa

Eso es valor. Y el mundo paga por eso. Las oportunidades se abren por eso.

Piensa en cualquier negocio exitoso. ¿Qué hace? Facilita algo. Resuelve algo. Mejora algo. Y como mucha gente lo necesita, al dueño le va muy bien. No porque sea el más inteligente o el más trabajador. Sino porque resuelve un problema para muchas personas.

La regla es simple: entre más personas ayudes, mejor te irá.

Entonces, si tú como padre quieres hacer bien tu parte, la clave no es decirle “échale ganas”. La clave es enseñarle a tu hijo a **aportar valor** a la sociedad en la que vive.

No se trata de qué tan inteligente sea, qué tan trabajador, o cuántas ganas tenga. Al final es un juego de aportar valor. Entre más valor pueda aportar, mejor le va a ir.

No se trata solo de ayudar. Se trata de ayudar usando *sus* fortalezas únicas.

Ahí es donde puede aportar más y mejor que otros.

VALOR NO ES BUENA INTENCIÓN

Aquí es donde muchos papás se confunden.

Educamos a nuestros hijos con amor. Les enseñamos valores. Queremos que sean “buenas personas”. Y eso está bien. Es fundamental.

Pero a veces nos quedamos solo en la intención. Decimos cosas como “Mi hijo es bueno”, “Mi hijo no se mete con nadie”, “Mi hijo tiene buen corazón”. Y todo eso es valioso moralmente. Pero no es suficiente para que le vaya bien en el mundo adulto.

El mundo adulto exige algo más: **ser competente**. No basta con querer hacer el bien.

Piensa en la diferencia entre dos tipos de personas. Por un lado, el que es “buena persona” pero no sabe producir resultados: amable, educado, bien intencionado, pero cuando hay que resolver algo, construir algo o ejecutar algo, no sabe cómo. Por otro lado, el que es buena persona y además sabe hacer que las cosas sucedan. El segundo casi siempre termina creando oportunidades. El primero, casi siempre termina frustrado preguntándose por qué no le va mejor si “es tan bueno”.

Conozco a muchos jóvenes así. Son amables, educados, bien portados. Pero cuando llega el momento de producir algo, de resolver algo, de crear algo... no saben cómo. Nadie les enseñó.

Sus papás les enseñaron a ser “buenos”. Pero no les enseñaron a ser *útiles*.

La bondad sin competencia es impotencia.

Y también existe el caso contrario: personas muy capaces pero sin principios. Que saben producir resultados pero no les importa a quién pisan en el camino.

La competencia sin bondad es peligrosa.

Necesitas las dos. Tu hijo necesita las dos.

Enseñarle a ser buena persona es fundamental. Pero si solo le enseñas eso, lo estás preparando a medias.

POR QUÉ EXISTEN LAS CARRERAS

En las conferencias de orientación vocacional que doy, siempre les pregunto a los alumnos: “¿Por qué creen que tienen que ir a la universidad?”

Las respuestas son predecibles:

- “Para conseguir el título, porque el papelito habla”
- “Para tener mayores probabilidades de generar más ingresos”
- “Para tener un trabajo seguro”
- “Porque mis papás me mandan”

Estas respuestas no son incorrectas. Pero no cubren lo más importante.

Las universidades no se inventaron para dar papeles enmarcados. No se inventaron solo para que la gente gane dinero.

Las universidades se inventaron para educarnos en algún área específica y poder aportar valor a la sociedad.

Esa es la verdadera razón. Formarnos para contribuir.

Piénsalo. Si una sociedad tiene industria manufacturera, las universidades de esa región ofrecen ingenierías. Si tiene un sector financiero fuerte, encontrarás carreras de economía, finanzas y contaduría. Si tiene necesidades de salud, habrán más programas de medicina, enfermería y nutrición. La universidad no existe en el vacío. Está diseñada para satisfacer las necesidades de crecimiento de la sociedad donde opera. Las carreras no son etiquetas sociales ni títulos vacíos. **Son respuestas a problemas reales que alguien tiene que resolver.**

Por eso, si quieres que a tus hijos les vaya bien, conviene no basar la decisión solo en una carrera “que pague bien” o “que tenga mucho trabajo” o “que sea segura”, sino en una carrera en la que pueda aportar mucho valor usando sus fortalezas.

Porque el dinero es consecuencia del valor que aportamos. No al revés.

EL CONCEPTO CENTRAL DE LA ORIENTACIÓN VOCACIONAL

Hay una frase que resume todo lo que estamos hablando. Es el concepto máximo de la orientación vocacional:

“Todos nos deberíamos dedicar a aquello para lo que estamos mejor dotados.”

Así de simple. Así de profundo.

¿Por qué alguien se dedicaría a algo para lo que no es bueno? ¿Por qué alguien se dedicaría a algo donde no puede usar sus fortalezas? ¿Por qué alguien se dedicaría a algo que no le permite aportar lo mejor de sí?

Piensa en lo que pasaría si todos siguieran este principio.

Si todos nos dedicáramos a aquello para lo que estamos mejor dotados, nos iría bien a todos en lo individual y también como sociedad. Tendríamos los mejores doctores, los mejores abogados, los mejores maestros, los mejores ingenieros. Cada quien aportando desde su mejor versión. Lo hermoso de la orientación vocacional es precisamente eso, que cuando todos están bien orientados, no solo se benefician en lo individual. Se beneficia la sociedad entera.

Ahora piensa en lo contrario.

Piensa en la última vez que recibiste un mal servicio de alguien. Tal vez un trámite que tardó semanas cuando debió tardar días. Una consulta donde sentiste que el profesional no sabía lo que hacía. Una clase donde el maestro parecía estar en el lugar equivocado.

En mis conferencias les digo a mis alumnos: “Levanten la mano quienes tienen un profesor o profesora que ustedes dijeron: ‘Este profe no sé quién le dijo que podía dar clases’.”

Casi todos levantan la mano.

No estoy diciendo que esas personas sean malas. Probablemente tienen buenas intenciones. Pero en algún momento eligieron un camino para el que no estaban mejor dotados. Quizá porque era “fácil”, porque “estaba disponible”, porque “pagaban bien”, o porque alguien les dijo que era “trabajo seguro”.

Pero elegir carrera así solo genera un profesional frustrado dando un servicio mediocre a personas que merecían algo mejor.

Cuando alguien se dedica a aquello para lo que no está mejor do-

tado, todos perdemos. Esa persona pierde porque vive insatisfecha. Y quienes reciben su servicio pierden porque no obtienen lo mejor.

Por eso importa tanto la orientación vocacional. No es un lujo. Es una responsabilidad.

EL CONTEXTO IMPORTA MÁS DE LO QUE CREES

Ahora bien, hay algo más que debemos considerar. Y esto es algo que muchos padres no enseñan.

No todas las fortalezas valen lo mismo en todos los contextos.

Una misma habilidad puede generar alto valor en un lugar, poco valor en otro, y prácticamente ningún valor en el contexto incorrecto. Por ejemplo, un excelente músico puede prosperar en una ciudad con industria cultural activa, pero batallar en una ciudad sin ese ecosistema. Un ingeniero especializado en cierta tecnología puede ser muy solicitado donde hay industria que la use, pero pasar desapercibido donde no existe esa demanda. Un comunicador brillante puede crear impacto donde hay medios y audiencias, pero sentirse limitado donde no hay plataformas.

No existen carreras malas en sí. Existen fortalezas mal ubicadas.

Esto explica por qué dos profesionales con el mismo título tienen vidas tan diferentes.

Conozco médicos trabajando en hospitales públicos ganando muy poco después de muchos años de estudio. Y conozco médicos con clínica propia que ganan en una semana lo que los primeros ganan en meses. Misma

carrera. Mismo título. Dos realidades opuestas.

Conozco ingenieros buscando trabajo durante meses. Y conozco ingenieros liderando equipos con sueldos altísimos. Mismo título. Dos vidas.

¿Qué los diferencia? No es la carrera. No es el título. Es cómo conectaron sus fortalezas con un problema real que alguien necesitaba resolver. Es el valor que aportan en su contexto específico.

Lo que esto significa para ti como padre es importante.

Cuando tu hijo mencione una carrera que te preocupa, antes de rechazarla, pregúntate:

- ¿En qué contexto esta carrera sí tiene demanda?
- ¿Hay lugares donde personas con esta carrera prosperan?
- ¿Qué tendría que pasar para que mi hijo pueda ejercerla bien?

La solución no siempre es “estudia otra cosa”. A veces la solución es encontrar el contexto correcto, tal vez otra ciudad, otro país, otro sector, otra forma de aplicar esa fortaleza.

Muchos padres rechazan automáticamente carreras artísticas, humanísticas o “poco tradicionales”. Lo hacen porque en su contexto inmediato no ven demanda.

Pero el mundo es más grande que nuestra ciudad. La diferencia está en cómo aplican sus fortalezas y en qué contexto lo hacen.

TRES NIVELES DE CONTEXTO

Si quieres ayudar a tu hijo a entender esto, enséñale a observar tres niveles de contexto:

1. Contexto familiar. Lo que tu casa premia o castiga.

Si en casa solo se premia “sacar buenas notas”, tu hijo aprende a complacer, no a aportar. Si solo se premia “portarse bien”, aprende a ser pasivo, no competente. Si se premia la responsabilidad y la iniciativa, aprende a ser útil.

En el primer contexto en que tu hijo aprende a desenvolverse es tu casa. ¿Qué le estás enseñando ahí?

2. Contexto local. La ciudad y su economía.

¿Qué industrias mueven tu ciudad? ¿Qué trabajos existen de verdad? ¿Qué se necesita y por qué?

No para que tu hijo elija carrera hoy, sino para que aprenda a observar la realidad sin fantasía. Muchos jóvenes eligen carrera basándose en películas, en redes sociales, en lo que “suena bonito”. Pocos se toman el tiempo de investigar qué necesita realmente el lugar donde viven. Hablaremos más acerca de esto en el siguiente capítulo.

3. Contexto global. Lo digital y lo conectado.

Hoy hay talentos que antes eran “inútiles” localmente pero globalmente son valiosos. Un hijo puede vivir en una ciudad pequeña y trabajar para empresas de todo el mundo. Puede crear contenido que llegue a millones. Puede ofrecer servicios a clientes en otros países.

El contexto ya no es solo geográfico. Pero sigue siendo contexto.

Si no enseñas a tu hijo a conocer el contexto en donde vive, se va a guiar por opiniones o ideas irreales, que son la peor forma de tomar decisiones importantes.

LA ECUACIÓN DEL VALOR

Hasta aquí hemos hablado de fortalezas y de contexto. Ahora vamos a juntarlos en una fórmula simple que puedes usar para evaluar cualquier decisión de carrera.

Valor = Fortaleza × Necesidad

Déjame explicar cada parte.

Fortaleza: Qué tan bien puede hacer algo tu hijo. Sus habilidades reales, competencias desarrolladas, dominio sobre una actividad. Ya trabajamos esto en el capítulo anterior con la fórmula: Talento × Inversión = Fortaleza.

Necesidad: Para quién y en qué contexto esa fortaleza es útil. ¿Quién necesita esto? ¿Qué problema resuelve? ¿En qué lugar tiene demanda?

¿Por qué es multiplicación y no suma? Porque si cualquiera de las dos es cero, el resultado es cero. Una fortaleza sin necesidad es talento desperdiciado, es decir, alguien muy bueno en algo que nadie necesita. Y una necesidad sin fortaleza es una oportunidad no aprovechada, es decir, un problema real que existe pero que tu hijo no puede resolver porque no tiene las habilidades. El valor aparece solo cuando las dos coinciden, cuando lo que tu hijo sabe hacer bien es exactamente lo que alguien necesita.

Traducido para ti como padre, tu rol tiene dos partes:

1. Ayudar a tu hijo a desarrollar aquello para lo que está mejor dotado (fortalezas)

2. Enseñarle a conocer el contexto en donde vive y entender qué es útil, qué se necesita y dónde puede aportar (necesidad)

La mayoría de los padres se quedan en la primera parte. Pocos trabajan la segunda, pero la vida exige las dos.

SERVIR PARA SERVIR

Aquí llegamos al corazón de este capítulo.

No se trata solo de que tu hijo conozca sus talentos. Se trata de que aprenda a ver qué es lo que el mundo necesita y valora.

Un hijo que solo piensa “¿qué me gusta?” vive centrado en sí mismo.

Un hijo que también piensa “¿qué puedo aportar?” vive conectado con la realidad.

El segundo tiene más oportunidades. No porque sea más egoísta, sino porque entiende cómo funciona el intercambio de valor en el mundo real.

Pero aquí es donde muchos se confunden.

Una persona inmadura piensa en cómo el mundo se puede adaptar a ella. Una persona madura piensa en cómo adaptarse al mundo.

Si tu hijo crece creyendo que el mundo se debe acomodar a él, cada frustración se vuelve una injusticia. Pero si crece entendiendo que él tiene la responsabilidad de adaptarse, aprender y volverse útil, entonces cada reto se vuelve entrenamiento.

Y aquí viene una frase fuerte, pero verdadera: “Si no sirves, no sir-

ves”.

Sé que suena rudo, pero si lo que haces no ayuda a nadie, si no mejora nada, si no aporta, el mundo no tiene por qué pagar por lo que ofreces ni abrirte puertas. No es crueldad. Es sentido común.

Servir no es anularte.

Servir no significa ser dejado, complaciente o pasivo. Y sí, muchas veces servir incluye someterse a una autoridad, seguir reglas, hacer fila, respetar procesos, cumplir horarios. Eso no es malo. Es parte de la vida. El punto es otro, que servir significa entender que lo que haces debe mejorar la vida de alguien.

Un hijo que aprende esto no vive en modo “¿qué saco yo?”. Vive en modo “¿qué puedo aportar?”. Y ese modo de pensar, a largo plazo, le ofrecerá más oportunidades que cualquier estrategia centrada en sí mismo.

Servir no es debilidad. Es usar nuestras fortaleza para lo que otros necesitan.

La buena noticia es que no tienes que esperar a que tu hijo tenga 18 años para enseñarle esto. Estas son habilidades que se construyen desde la infancia y la adolescencia.

LO QUE UN PADRE PUEDE ENSEÑAR DESDE AHORA

1. Responsabilidad real

Responsabilidad no es hacer las cosas cuando tienes ganas. Responsabilidad significa hacer lo que te toca *aunque* no tengas ganas. Un adolescente que aprende eso se vuelve raro, en el buen sentido. Y lo raro se vuelve va-

lioso.

¿Cómo se enseña? Principalmente, dejando de rescatarlo de sus pequeñas consecuencias. Si no hizo la tarea, que enfrente al maestro. Si olvidó su lunch, que pase hambre ese día. No se trata de destruirlo ni de ser cruel, sino de dejar que experimente el peso natural de sus decisiones. La vida lo va a poner a prueba de todos modos. Mejor que se entrene contigo, donde las consecuencias son manejables.

2. Ser competente

Competencia es dominar algo hasta que otros lo noten. No importa si es hablar en público, organizar eventos, resolver problemas matemáticos, enseñar a otros, crear cosas con las manos, programar, cocinar o reparar. Lo que importa es que tu hijo experimente el principio: “Yo puedo volverme bueno en algo, y esa habilidad produce resultados”. Muchos jóvenes nunca experimentan eso. Viven toda su adolescencia en el “más o menos”, sin destacar en nada.

¿Cómo se enseña? Impulsando proyectos cortos donde tenga que demostrar avance real, no solo “intento” o “participación”. Un curso que termine, una habilidad que domine, algo que pueda mostrar. Y cuando mejore, celebra la mejora, no solo el esfuerzo. El mundo premia resultados, y tu hijo necesita aprender eso en casa antes de enfrentarlo afuera.

3. Iniciativa

La mayoría de la gente espera instrucciones. Esperan que alguien les diga qué hacer, cuándo hacerlo y cómo hacerlo. El mundo valora a quien ve un problema y hace algo al respecto sin que nadie se lo pida. Esto no es “ser mandón”. Es ser útil antes de que te lo ordenen.

¿Cómo se enseña? En casa, identifica tareas que siempre “alguien tiene

que hacer” y ponlo a cargo de ellas. No como castigo, sino como entrenamiento. Que sepa que hay cosas que dependen de él. Y cuando actúe sin que se lo pidas, reconócelo. Ese reconocimiento refuerza el hábito de tomar iniciativa.

4. Relaciones y confianza

La vida no es solo habilidades. Es confianza. Muchos jóvenes capaces no avanzan porque nadie quiere trabajar con ellos, porque son inconstantes, conflictivos o simplemente no saben comunicarse bien con otros.

La reputación se construye con tres cosas: cumplir lo que dices, tratar bien a la gente, y producir resultados. Un joven que hace esas tres cosas consistentemente se vuelve alguien en quien los demás confían. Y esa confianza, a largo plazo, es más valiosa que “ser brillante”. Las oportunidades llegan a quienes otros recomiendan, y la gente recomienda a quienes confía.

5. Servicio

Este es el que integra todo. Un hijo que aprende a servir no vive pensando solo en lo que puede obtener. Piensa en lo que puede dar. Y paradójicamente, eso le abre más puertas que cualquier estrategia egoísta.

¿Cómo se enseña? Involúcralo en actividades donde ayude a otros, no como obligación sino como oportunidad. Cuando haga algo que mejore la vida de alguien, hazle notar el impacto: “¿Viste cómo tu primo entendió mejor después de que le explicaste?” Y sobre todo, modela tú mismo el servicio. Que te vea ayudando a otros, aportando sin esperar nada a cambio. Los hijos aprenden más de lo que ven que de lo que escuchan.

La pregunta que quieres que tu hijo se haga naturalmente es esta:

¿Cómo puedo usar lo que soy y lo que sé para mejorar algo?

Esa pregunta, interiorizada, cambia trayectorias de vida.

DONDE TODO SE CONECTA

Hasta aquí entendiste varias cosas importantes:

1. Conocerte es solo el inicio. También necesitas conocer el contexto
2. Para que te vaya bien, necesitas aportar algo útil a la sociedad
3. Las carreras son formas de aportar. Cada una resuelve problemas específicos
4. El valor que puedes aportar depende del contexto donde lo apliques
5. $\text{Valor} = \text{Fortaleza} \times \text{Necesidad}$

Pero, ¿cómo integras todo esto en una decisión? ¿Cómo eliges una carrera que combine tus fortalezas con las necesidades del mundo?

Los japoneses tienen un concepto que lo explica perfectamente. Se llama **ikigai**, y significa “la razón por la que te levantas cada mañana”. Es una forma de pensar que integra todo lo que hemos hablado.

El ikigai se encuentra en la intersección de cuatro elementos:

1. **Lo que amas.** Tus pasiones, tus intereses. Lo que disfrutas hacer sin que nadie te obligue. Lo que te hace perder la noción del tiempo. Recuerda lo que vimos en el Capítulo 1: ¿qué hace tu hijo cuando nadie lo está viendo?
2. **En lo que eres bueno.** Tus fortalezas naturales, las que identificaste en el Capítulo 3. Donde tu talento se multiplica con la inversión. Donde

destacas sin esfuerzo aparente. Recuerda la fórmula: Talento × Inversión = Fortaleza.

3. Lo que el mundo necesita. Problemas reales que existen en la sociedad. Necesidades que las personas tienen. Esto es lo que hemos hablado en este capítulo: ¿qué problemas puede resolver tu hijo con sus fortalezas?

4. Por lo que te pueden pagar. Demanda real en el mercado. Alguien dispuesto a pagar por ese trabajo. Viabilidad económica. ¿Hay alguien que necesite esto lo suficiente como para pagar por ello?

Aquí está la conexión clave:

Los primeros dos círculos —lo que amas y en lo que eres bueno— son sobre ti. Los cubrimos en los capítulos anteriores.

Los últimos dos círculos —lo que el mundo necesita y por lo que te pueden pagar— son sobre el mundo exterior. Los cubrimos en este capítulo.

Una carrera bien elegida está en el centro, donde los cuatro círculos se cruzan. Es donde tus fortalezas se encuentran con las necesidades del mundo. Es donde puedes aportar siendo quien eres.

Cuando eliges carrera sin considerar los cuatro elementos, es fácil caer en errores comunes:

Solo por dinero. Eliges la carrera “que más paga”. Ignoras si te gusta, si eres bueno, si realmente aporta algo. Resultado: trabajo bien pagado pero miserable.

Solo por pasión. Eliges “lo que te apasiona” sin más análisis. Ignoras si eres realmente bueno, si hay necesidad real, si alguien paga por eso. Resultado: pasión sin sustento económico.

Solo por tradición. Estudias “la carrera de la familia”. Ignoras tus propias fortalezas, tus intereses, tu contexto. Resultado: vida viviendo el sueño de otros.

Solo por ser bueno en algo. Eliges una carrera porque “se te da bien”. Ignoras si te gusta, si hay demanda real. Resultado: competencia sin disfrute ni propósito.

Una carrera bien elegida integra los cuatro círculos. No es suficiente con dos o tres. Necesitas los cuatro.

“Hallar nuestra felicidad mientras ayudamos a otros es el mayor regalo de la vida.”

Eso es el ikigai completo. Aportar desde tus fortalezas, con propósito y sustento.

Y aquí está el punto para ti como papá: no se trata de tener el discurso perfecto. Se trata de crear en casa el tipo de conversaciones y hábitos que forman a un hijo útil, confiable y consciente del mundo en el que vive.

RETO DEL CAPÍTULO

Este ejercicio tiene dos partes. La primera es para ti. La segunda es para hacer con tu hijo. **1. Evalúa qué estás enseñando en casa**

Responde honestamente estas cinco preguntas:

1. ¿Qué premios más en tu casa: las calificaciones o los resultados reales?

2. ¿Tu hijo tiene responsabilidades fijas que cumple aunque no tenga ganas?
3. ¿Has dejado que enfrente consecuencias pequeñas sin rescatarlo?
4. ¿Tu hijo ha experimentado volverse *bueno* en algo hasta que otros lo noten?
5. ¿Le has enseñado a observar qué necesita la gente a su alrededor?

Si respondiste “no” a más de dos, ese es tu punto de partida.

2. Conversación sobre aportar valor

Esta semana, en un momento tranquilo (en el carro, en la cena, caminando), pregúntale:

- “¿Qué problemas ves a tu alrededor que te gustaría resolver?”
- “¿Qué habilidad tuya crees que podría ayudar a otros?”
- “¿Qué trabajos has visto donde alguien usa lo que sabe para mejorar algo?”

No busques respuestas perfectas. Busca que empiece a pensar en términos de aportar, no solo de recibir.

3. El ejercicio del ikigai (si ya está en preparatoria)

Dibuja cuatro círculos que se cruzan en el centro. Anoten juntos 3-5 ideas en cada uno:

- Lo que ama hacer
- En lo que es bueno
- Lo que el mundo necesita
- Por lo que le podrían pagar

¿Hay algo que aparezca en los cuatro círculos? ¿O al menos en tres? No busquen “la carrera perfecta”. Busquen patrones.

El objetivo no es que tu hijo decida su futuro hoy. El objetivo es que aprenda a conectar sus fortalezas con las necesidades del mundo. Cuando llegue el momento de elegir, lo hará desde claridad, no desde miedo.

En el siguiente capítulo vamos a hablar de algo muy práctico: cómo investigar carreras, cómo hablar con profesionales que ya ejercen, y cómo ayudar a tu hijo a pasar de la teoría a la acción. Porque una cosa es entender estos principios, y otra es saber aplicarlos cuando hay que elegir entre opciones concretas.

El proceso de elegir

En mis conferencias de orientación vocacional hay un momento que siempre me sorprende.

Ya casi al final, cuando los alumnos están más relajados y hemos roto el hielo, les hago una pregunta simple: “Levanten la mano todos aquellos que han sentido miedo de tomar decisiones.”

La primera vez que hice esta pregunta, no sabía qué esperar. Son adolescentes. ¿De qué van a tener miedo? No han tenido que tomar decisiones importantes en su vida. La mayoría de sus decisiones grandes —qué escuela, qué horario, qué actividades— las han tomado sus papás.

Para mi sorpresa, alrededor del 60 o 70 por ciento de los adolescentes levantaron la mano.

Me quedé helado.

Desde entonces, en cada conferencia repito la misma pregunta. Y siempre, sin excepción, la mayoría levanta la mano. Jóvenes que por fuera se ven seguros, que bromean con sus amigos, que parecen no preocuparse por nada. Por dentro, tienen miedo.

Siempre les digo que yo también. Que yo también tuve mucho miedo antes para tomar decisiones. Que conozco gente adulta que sigue teniendo miedo. Que el miedo a elegir mal no es exclusivo de los jóvenes. Es humano.

Pero también les comparto algo que cambió mi forma de ver las deci-

siones. Hace años me topé con un libro que hablaba sobre cómo tomar buenas decisiones. Se llamaba *Nudge*, que significa “un pequeño empujón”.¹ Y lo que aprendí ahí me ayudó a entender por qué elegir carrera es tan difícil, y qué podemos hacer al respecto.

Eso es exactamente lo que vamos a ver en este capítulo.

POR QUÉ ELEGIR CARRERA ES TAN DIFÍCIL

Hay una razón por la cual tus hijos sienten miedo de elegir. Y no es porque sean cobardes o inmaduros.

Es porque están tratando de tomar una de las decisiones más importantes de su vida en las peores condiciones posibles para decidir bien.

En el libro que mencioné, los autores explican algo muy simple pero poderoso. Las personas tomamos buenas decisiones cuando tenemos tres cosas: **experiencia, buena información y retroalimentación rápida.**

Por ejemplo, elegir un sabor de helado es fácil. Tienes experiencia, ya has probado varios sabores antes. Tienes información, sabes qué te gusta y qué no. Y la retroalimentación es inmediata, si no te gustó, lo sabes en el primer bocado.

Pero elegir carrera es exactamente lo contrario.

No tienen experiencia. Nunca han elegido una carrera antes. Nunca han trabajado como profesionales. Nunca han vivido lo que significa dedicarse a algo por años.

No tienen buena información. Lo que saben de las carreras viene de

¹Thaler, R. y Sunstein, C. (2008). *Nudge: Un pequeño empujón*. Taurus.

películas, redes sociales, comentarios de familiares, y estereotipos. No de realidad.

La retroalimentación es lentísima. Solo sabrán si fue buena decisión años después, cuando ya invirtieron tiempo, dinero y esfuerzo.

Por eso elegir carrera genera tanta ansiedad. No es un problema de actitud. Es un problema estructural.

Y si tus hijos están confundidos, no es por falta de capacidad o de ganas. Es porque están en desventaja. Nadie les ha dado las herramientas para decidir bien.

LA GENERACIÓN MÁS INFORMADA Y MENOS FORMADA

Hay algo más que complica las cosas para esta generación.

Uno de los principales problemas de los adolescentes de hoy es que no saben para qué son buenos. No han vivido lo suficiente. No han tenido experiencias reales que les muestren sus fortalezas.

Si le preguntas a tu hijo qué le gusta hacer, probablemente te conteste: estar en redes sociales, jugar videojuegos, ver videos en Tik Tok. Eso es a lo que está expuesto todo el día.

Y si le preguntas qué quiere ser de grande, no es raro escuchar: YouTuber, TikToker, streamer, creador de contenido. Porque eso es lo que ve. Eso es lo que conoce.

Pero hay un problema. Eso que desea no es algo que haya experimentado en la realidad. Lo ha experimentado a través de una pantalla. Ve la vida editada de otras personas, no la vida real.

Están informados, pero no están formados.

Esta es la generación más informada y menos formada de toda la historia. Saben de todo un poco, pero no han tenido experiencias que formen su carácter, sus habilidades, sus fortalezas. Han observado el mundo desde afuera, pero no lo han vivido.

Por eso tantos adolescentes se sienten confundidos cuando llega el momento de elegir. No es que no quieran decidir. Es que no tienen los insumos para hacerlo bien.

Y aquí es donde entramos nosotros como padres.

LO NUEVO SIEMPRE DA MIEDO

Hay algo que todos debemos aceptar: elegir algo nuevo siempre puede dar miedo.

Y eso está bien. Es completamente normal. Lo nuevo representa incertidumbre. Y la incertidumbre genera ansiedad. Es parte de ser humano.

El problema no es el miedo. El problema es quedarse paralizado por él.

Piensa en tu propia vida. ¿Recuerdas cuando elegiste tu carrera? ¿Cuando aceptaste tu primer trabajo? ¿Cuando decidiste casarte o tener hijos? Seguramente había miedo. Pero actuaste de todos modos. Y aquí estás. Ahora tu hijo está en ese mismo punto. Y esta es una muy buena oportunidad para pedirle que sea valiente.

Han crecido toda su vida bajo nuestra protección. Todas sus decisiones importantes —qué escuela, qué horario, qué actividades— las hemos to-

mado nosotros. Los hemos cuidado, supervisado, guiado. Y eso estuvo bien. Era nuestro trabajo.

Pero ahora llega el momento donde ellos deben empezar a tomar sus propias decisiones. Y no siempre va a ser fácil. No siempre la respuesta va a ser evidente. Van a necesitar ser valientes para tomar el riesgo, para escoger, para hacer lo necesario para que esta decisión sea lo mejor posible.

Y en esa valentía existe también la posibilidad de equivocarse. No hay forma de evitarlo completamente. Pero eso también es parte del proceso. Aprender a manejar el error es una habilidad que les va a servir toda la vida.

Ahora bien, valentía no significa lanzarse a ciegas. Valentía significa actuar a pesar del miedo, pero con preparación.

Y aquí está la buena noticia: con la estrategia correcta, tomar decisiones difíciles puede no ser tan difícil.

TRES PASOS PARA ELEGIR BIEN

Si el problema es falta de experiencia, falta de información y falta de retroalimentación rápida, entonces la solución es clara: necesitamos darles esas tres cosas antes de que tomen la decisión.

No después. Antes.

En el libro *Nudge* que mencioné al principio, los autores hablan de cómo diseñar mejores procesos de decisión. La idea central es simple: en lugar de esperar que la gente tome buenas decisiones por arte de magia, hay que

crear las condiciones para que sea más fácil decidir bien.

Eso es exactamente lo que vamos a hacer aquí.

Hay tres pasos que pueden transformar la forma en que tu hijo elige carrera. No son complicados, pero requieren intención. No suceden solos.

Alguien tiene que provocarlos.

Ese alguien eres tú.

PASO 1: BUSCAR INFORMACIÓN REAL

La mayoría de los adolescentes eligen carrera basándose en imágenes mentales, no en información real.

Piensan: “Quiero ser médico porque salvan vidas y ganan bien.” Pero no saben que un médico trabaja guardias de 24 horas, que los primeros años gana poco, que hay mucha burocracia hospitalaria, que el desgaste emocional es fuerte.

Piensan: “Quiero estudiar Derecho porque es una carrera respetada.” Pero no saben cómo es realmente el día a día de un abogado, qué tipo de problemas resuelve, cuántas horas trabaja, qué tan saturado está el mercado.

La imagen que tienen de las carreras casi nunca coincide con la realidad.

Por eso el primer paso es investigar. Pero no investigar superficialmente. Investigar de verdad.

Para cada carrera que tu hijo esté considerando, debería poder responder estas preguntas:

Sobre la carrera académica:

- ¿Qué materias se estudian cada semestre?
- ¿Cuántos años dura realmente? ¿Hay que hacer servicio social, prácticas, tesis?
- ¿Cuál es la tasa de deserción? ¿Qué porcentaje de estudiantes la termina?
- ¿Cuánto cuesta en total, incluyendo materiales, transporte, tiempo sin trabajar?

Sobre el mercado laboral:

- ¿Qué trabajos específicos puede conseguir un egresado?
- ¿Cuánto gana alguien recién egresado? ¿Y alguien con 10 años de experiencia?
- ¿Hay demanda real de esta profesión en mi ciudad o región?
- ¿Se requiere posgrado para tener éxito?

Sobre la realidad del trabajo:

- ¿Cómo es un día típico de trabajo en esta profesión?
- ¿Cuáles son los mejores aspectos? ¿Y los peores?
- ¿Qué problemas resuelve esta profesión todos los días?
- ¿Hay flexibilidad de horario? ¿Posibilidad de trabajo remoto?

Si tu hijo no puede responder estas preguntas, no está listo para elegir esa carrera. No porque sea incapaz, sino porque no tiene la información necesaria.

Y eso se puede arreglar. Solo necesita investigar.

PASO 2: BUSCAR EXPERIENCIAS DE OTROS

La información escrita es útil, pero tiene límites. Los números y los datos no te cuentan cómo se siente realmente trabajar en algo.

Para eso necesitas hablar con personas que ya lo viven.

Le llamo a esto “las cinco conversaciones”. Tu hijo debería entrevistar a por lo menos cinco profesionales que actualmente trabajan en las carreras que está considerando.

¿Por qué cinco? Porque una sola experiencia puede ser atípica. Tal vez esa persona tuvo mucha suerte, o mucha mala suerte. Hablar con cinco o más personas te da una imagen más realista y balanceada.

¿A quién entrevistar?

- Dos personas con menos de cinco años de egresados, para ver la realidad inicial
- Dos personas con diez o más años de experiencia, para ver el desarrollo de carrera
- Una persona que cambió de carrera o que se arrepintió, para ver la otra cara

¿Dónde encontrarlos?

- Contactos familiares y de amigos
- LinkedIn, donde muchos profesionales están dispuestos a ayudar a jóvenes
- Eventos universitarios, ferias de empleo
- Oficinas, hospitales, despachos, pidiendo treinta minutos de su tiempo

Preguntas clave para la entrevista:

1. ¿Por qué elegiste esta carrera?
2. ¿Qué te sorprendió más de la realidad profesional comparado con lo que esperabas?
3. Describe un día típico de tu trabajo.
4. ¿Qué es lo que más disfrutas de tu trabajo?
5. ¿Qué es lo más difícil o frustrante?
6. Si pudieras volver atrás, ¿elegirías la misma carrera? ¿Por qué sí o no?
7. ¿Qué consejo le darías a alguien que está considerando esta carrera?
8. ¿Qué habilidades o fortalezas son esenciales para tener éxito en este campo?

Este ejercicio hace algo muy poderoso: destruye las imágenes falsas.

Tu hijo va a descubrir aspectos de la profesión que nunca aparecen en los folletos universitarios. Va a escuchar historias reales, con frustraciones reales y satisfacciones reales. Y va a poder imaginar si él realmente encaja ahí.

PASO 3: BUSCAR EXPERIENCIAS PROPIAS

La información y las conversaciones son valiosas. Pero nada sustituye la experiencia propia.

La verdad es que hay cosas que tus hijos no van a saber hasta que las experimenten. Incluso aunque lo sospechen, no hay mejor forma de saber algo que cuando te consta.

Yo no aprendí que era bueno para las ventas hasta que entré a un trabajo donde tenía que vender. No aprendí que era bueno para el servicio al cliente hasta que entré a un trabajo donde tenía que dar servicio al cliente. Y no aprendí que era malo para organizar archivos y administrar hasta que tuve que hacerlo en un trabajo real.

Por eso el tercer paso es probar en pequeño antes de comprometerse en grande.

Formas de experimentar:

Shadowing. Acompañar a un profesional durante uno o dos días de trabajo. Observar todo: reuniones, tareas, interacciones, decisiones. Ver cómo es realmente el ritmo.

Prácticas cortas o trabajo de verano. Conseguir un trabajo temporal o práctica en el área de interés. Si considera Medicina, voluntariado en hospital. Si considera Ingeniería, práctica en empresa de manufactura. Si considera Diseño, proyectos freelance pequeños.

Cursos introductorios. Tomar un curso básico sobre la materia principal de la carrera. Si considera Programación, un curso de Python por cuatro semanas. Si considera Psicología, “Introducción a la Psicología” en Coursera. Si odia el curso básico, probablemente odiará la carrera.

Proyectos personales. Crear algo relacionado con la carrera como experimento. Si considera Comunicación, iniciar un blog o podcast por tres meses. Si considera Negocios, vender algo en línea. Si considera Arte, producir una serie de obras.

El objetivo es convertir una decisión abstracta en una decisión con evi-

dencia.

Al final de este paso, tu hijo debería poder decir:

- “He probado dos o tres de mis opciones en pequeño.”
- “Sé cómo se siente hacer este tipo de trabajo.”
- “Tengo evidencia de que puedo y me gusta hacer esto.”
- “Elegir ya no es adivinar. Es decidir con información.”

EL DEFAULT REFLEXIVO

Ahora quiero hablar de algo que muchos padres me preguntan en mis conferencias.

“Maestro, ¿está mal que mi hijo estudie lo mismo que yo estudié? Tengo un despacho de contadores y me gustaría que mi hijo lo continuara. ¿Eso está mal?”

O también: “Mi familia siempre ha sido de médicos. Mi papá, mi abuelo, mis tíos. ¿Está mal que mi hijo siga esa tradición?”

Mi respuesta siempre los sorprende: no necesariamente.

No creo que seguir el camino de los padres sea automáticamente malo. De hecho, creo que puede ser una muy buena alternativa.

Piénsalo un momento. Como papá, ya creaste toda una estructura alrededor de tu profesión: un estilo de vida, relaciones sociales, contactos profesionales, clientes, reputación. Tu hijo puede aprovechar todo eso si decide estudiar lo mismo que tú, dedicarse a lo mismo que tú te dedicas.

He conocido muchas personas que se dedican a lo que hicieron sus padres. Y por esa familiaridad, por esas habilidades desarrolladas casi sin

darse cuenta a través de los años —escuchando conversaciones en la cena, acompañando a papá al trabajo, viendo cómo resuelve problemas— tienden a ser suficientemente buenos para desarrollar una buena vida alrededor de eso.

No tienen que empezar de cero. Ya tienen ventaja.

Hay cierta seguridad en el camino conocido.

Sin embargo, tal vez eso no es suficiente para alguien que realmente quiere sacar su mejor potencial.

Hay una historia que me gusta mucho y que ilustra esto perfectamente:

Un hombre murió y fue al cielo. Al llegar, se encontró con San Pedro en las Puertas Celestiales.

El hombre le dijo a San Pedro que durante su vida había estudiado muchas biografías de militares y generales. Siempre había tenido curiosidad: quería saber, a ciencia cierta, quién fue el mejor general que haya existido.

San Pedro respondió que podía ayudarlo, y lo condujo a otra parte del cielo, una sala donde le presentaron a un hombre sencillo, vestido de manera humilde, sin uniforme, sin medallas, con manos comunes.

El hombre, sorprendido, exclamó: “Ese no puede ser. Yo lo conocí cuando vivía en la tierra. Él no era un general. Era un simple zapatero.”

San Pedro lo miró con calma y dijo: “Tienes razón. Pero si ese hombre hubiera sido general, si le hubieran dado la oportuni-

dad, si se le hubiera puesto a entrenar, si le hubieran confiado un ejército, habría sido el mejor general de todos los tiempos.”

Esa es la conclusión: muchas personas ordinarias tienen dentro el talento para ser extraordinarias. El problema es que nunca se les permite ser lo que podrían ser.

Tal vez ese zapatero de la historia era zapatero porque su papá fue zapatero, y el papá de su papá también. Y no tiene nada de malo. Tal vez vivió una buena vida, con familia, hijos, nietos. Pero nunca logró su mejor potencial, porque nadie lo expuso a aquello que pudo haber sido.

LA DIFERENCIA ESTÁ EN LA REFLEXIÓN

En la película *You've Got Mail* hay una escena que me gusta mucho. Es un monólogo interno de Kathleen Kelly, la protagonista:

“A veces me pregunto sobre mi vida. Vivo una vida pequeña, valiosa, pero pequeña. Y a veces me pregunto, ¿lo hago porque me gusta, o porque no he sido lo bastante valiente?”

Kathleen Kelly era encargada de la librería que le heredó su mamá. Era muy feliz, era plena encargándose de esa librería. Desde chiquita le ayudaba a su mamá a organizar los libros, atender clientes, limpiar, cobrar. Pero llega un momento en su vida donde tiene que cerrar la librería. Y es entonces cuando le da un golpe de realidad. No había conocido nada más en la vida. Y se pregunta: ¿estoy haciendo esto porque me gusta, porque me tocó, o porque no he sido valiente?

Creo que esta condición del **default reflexivo** es cuando nosotros tenemos la oportunidad de decir que no.

Cuando tenemos la oportunidad de renunciar a esas oportunidades fáciles de la vida, pero decidimos no hacerlo. Cuando tomamos la decisión de sí tomar este camino, de sí elegir esa carrera, aunque haya sido la misma que escogieron nuestros padres.

El default reflexivo es cuando eliges el camino conocido después de considerar las alternativas. No por inercia. No por miedo. Por decisión consciente.

Y creo que como padres de familia, nosotros tenemos que darles esa libertad a nuestros hijos.

Al final de cuentas, libertad es tener al menos dos opciones. Si solamente tienen una opción, no es libertad.

LOS TESTS VOCACIONALES

Tarde o temprano, alguien le va a sugerir a tu hijo que haga un test vocacional. Tal vez en la escuela, tal vez un orientador, tal vez un familiar bien intencionado.

Y tú te vas a preguntar: ¿sirven? ¿No sirven? ¿Vale la pena hacerlos?

Mi posición es esta: los tests vocacionales son útiles, pero no son mágicos. Son una herramienta más en el proceso de decisión. Una herramienta, pero no la única.

No construyes una casa solo con un martillo. Y no eliges carrera solo con un test.

El problema es que muchas familias tratan el test vocacional como si fuera un oráculo. Como si al contestar cien preguntas, una computadora pudiera decirte exactamente qué estudiar. Y eso genera expectativas irreales que terminan en frustración.

QUÉ SON Y PARA QUÉ SIRVEN

Un test vocacional es una herramienta que busca ordenar información sobre una persona para ayudarlo a explorar opciones académicas y laborales.

No “descubre” una vocación escondida. Más bien mide patrones que suelen relacionarse con preferencias: qué actividades disfrutas, qué se te facilita aprender, cómo tiendes a actuar, qué consideras importante.

Su propósito es práctico: mejorar decisiones en contextos donde elegir “a ojo” sale caro.

Un buen test no te da una sentencia. Te da hipótesis útiles para explorar.

Hay diferentes tipos de tests:

Tests de intereses preguntan qué actividades te atraen y te devuelven familias de ocupaciones afines. Útiles para explorar, no para predecir éxito.

Tests de aptitudes estiman qué tan fácil podrías aprender ciertas tareas: verbales, numéricas, espaciales.

Tests de personalidad usan rasgos para sugerir entornos donde la persona suele funcionar mejor.

Tests de valores buscan qué motivaciones te mueven: servicio, dinero, conocimiento, estética, poder.

LO QUE LOS TESTS SÍ HACEN BIEN

Los tests tienen ventajas reales cuando se usan correctamente.

Aceleran la conversación correcta. Muchos adolescentes no tienen lenguaje para describirse. Un test convierte intuiciones en categorías discutibles. Eso ya es ganancia.

Reducen el ruido social. Cuando el entorno mete presión, un test puede funcionar como espejo para separar deseo real de expectativas ajenas.

Sirven como mapa para investigar. Su valor está en lo que haces después. Te dan un punto de partida para los tres pasos que describimos antes.

Ayudan a perfiles indecisos. Si tu hijo tiene veinte ideas y cero criterio para filtrar, un test puede crear un top tres para enfocar la investigación.

LO QUE LOS TESTS NO HACEN

Ahora viene la parte que muchos no quieren escuchar.

Los tests no predicen éxito. Tener interés alto en algo no significa que tendrás disciplina, tolerancia al fracaso, o habilidades para sobresalir. El éxito depende del carácter que vimos en el Capítulo 2, no de un resultado de test.

Los tests no capturan el contexto real. Economía local, oportunidades, red de contactos, restricciones familiares, dinero, movilidad. Un adolescente puede “salir” Investigador y vivir en un lugar donde esa ruta requiere mudarse.

Los tests no miden motivación sostenida. Contestar “me gusta” no es lo mismo que sostener cuatro años de carrera y luego ocho horas diarias

de trabajo.

Los tests tienen un porcentaje de error. Tal vez por la eficiencia del mismo test, o por las respuestas sesgadas del alumno que contesta lo que “suena bien” en lugar de lo que realmente es.

Lo que los tests NO te dicen:

- Si tu hijo tendrá disciplina, resiliencia y buen carácter
- Si el mercado local o global favorecerá esa ruta en cinco o diez años
- Si odiará el día a día real del trabajo
- Si esa elección encaja con valores familiares y estilo de vida

CÓMO USAR LOS TESTS CORRECTAMENTE

Mi recomendación es esta: hacer al menos tres tests vocacionales. Cinco sería lo ideal.

¿Por qué varios? Porque cada test hace diferentes estilos de preguntas. En diferentes contextos, con diferentes palabras, el alumno puede pensar o responder diferente.

A partir de tres, cuatro, cinco tests, ya podemos empezar a recibir información donde podemos encontrar algún patrón.

Por ejemplo, en el primer test tal vez salió que se le daba la ingeniería. Pero en el segundo y tercero también apareció economía y marketing. Entonces ingeniería también, pero en menos proporción. El primero no fue la solución completa, pero después del segundo, tercero y cuarto ya se ve el panorama completo de los intereses.

Los resultados son un punto de partida, no un punto de llegada.

No toman la decisión por nosotros. Deben ser el inicio para empezar a investigar esas áreas y carreras usando los tres pasos que ya vimos.

Los resultados nos pueden dar un norte, indicar por dónde empezar a investigar. Nos pueden orientar para saber qué trabajo puede tomar tu hijo de medio tiempo, en fines de semana, en vacaciones de verano o de invierno, para que él empiece a experimentar.

Fórmula útil:

Test (hipótesis) + Fortalezas (Capítulo 3) + Experiencia real (tres pasos) + Contexto (Capítulo 4) = decisión más inteligente.

CRITERIOS PARA LA DECISIÓN FINAL

Llegó el momento que todos esperaban. Tu hijo investigó, habló con profesionales, experimentó en pequeño, hizo sus tests. Tiene dos o tres opciones finalistas que le gustan.

¿Y ahora qué? ¿Cómo elige entre ellas?

Aquí es donde muchas familias se paralizan. Sienten que ya hicieron todo el trabajo, pero la decisión final sigue siendo difícil. Y tiene sentido. Si las opciones fueran obvias, no habrían llegado hasta aquí.

Lo que necesitan es un marco de evaluación. Una forma de comparar las opciones usando criterios claros, no solo intuición.

Aquí hay cinco criterios que pueden ayudar:

1. Alineación con fortalezas

¿Esta carrera utiliza los talentos naturales más fuertes de tu hijo? ¿Tiene

evidencia de que puede ser muy bueno en esto?

Recuerda lo que vimos en el Capítulo 3: Talento \times Inversión = Fortaleza.

Una carrera bien elegida potencia lo que ya tiene, no intenta arreglar lo que le falta.

2. Disfrute sostenido

¿Disfruta haciendo este tipo de trabajo, no solo la idea de la carrera? ¿Puede verse haciendo esto durante los próximos diez o veinte años?

Hay una diferencia enorme entre “me gusta la idea de ser médico” y “me gusta estudiar biología, anatomía, y atender pacientes”. La primera es fantasía. La segunda es evidencia.

3. Viabilidad económica

¿Hay demanda real de esta profesión? ¿Los ingresos potenciales justifican la inversión en educación? ¿Puede costear la carrera sin endeudarse excesivamente?

Esto no significa elegir “la carrera que más paga”. Significa ser realista sobre el contexto, como vimos en el Capítulo 4.

4. Impacto y propósito

¿Esta profesión resuelve problemas que le importan? ¿Siente que estaría contribuyendo algo valioso al mundo?

Recuerda: las carreras existen para resolver problemas reales. Una carrera con propósito es más fácil de sostener que una sin él.

5. Flexibilidad y opciones futuras

Si cambia de opinión, ¿esta carrera le da habilidades transferibles? ¿Hay múltiples caminos laborales dentro de esta profesión?

El mundo cambia. Las carreras cambian. Una buena elección deja puertas abiertas, no las cierra.

No existe la elección perfecta. Existe la elección bien informada que tu hijo puede convertir en una gran decisión a través de su esfuerzo y dedicación.

RETO DEL CAPÍTULO

Este reto es diferente a los anteriores. No es un ejercicio de una tarde. Es un proceso que puede tomar semanas o incluso meses.

Pero no dejes que eso te desanime. Lo que estás a punto de hacer con tu hijo puede cambiar la trayectoria de su vida. Vale cada minuto invertido.

Paso 1: Filtrar opciones

Si tu hijo todavía no tiene claridad, usen los filtros del Capítulo 4:

- ¿En qué fortalezas tiene evidencia real? (Capítulo 3)
- ¿Qué problemas le importa resolver?
- ¿Qué opciones son viables en su contexto?
- ¿Qué opciones cumplen los cuatro círculos del ikigai?

El resultado debería ser tres a cinco carreras finalistas para investigar a fondo.

Paso 2: Investigar información real

Para cada carrera finalista, que tu hijo investigue y responda:

- ¿Qué materias se estudian?
- ¿Cuánto dura y cuánto cuesta?
- ¿Qué trabajos puede conseguir un egresado?
- ¿Cuánto gana alguien con esta carrera en su región?

- ¿Cómo es un día típico de trabajo?

Paso 3: Las cinco conversaciones

Que tu hijo entreviste a por lo menos cinco profesionales de las carreras que está considerando. Pueden ser contactos familiares, conocidos, o personas que contacte por LinkedIn.

Las preguntas clave están en este capítulo. El objetivo es escuchar historias reales, no teoría.

Paso 4: Experimentar en pequeño

Antes de decidir, que tu hijo pruebe al menos dos de sus opciones finalistas:

- Un día de shadowing con un profesional
- Un curso introductorio en línea
- Un proyecto personal relacionado
- Un trabajo de verano o práctica corta

Paso 5: Los tests vocacionales

Que tu hijo tome tres a cinco tests vocacionales de fuentes confiables. Comparen los resultados:

- ¿Qué patrones aparecen en varios tests?
- ¿Los resultados coinciden con lo que ya sabían?
- ¿Hay sorpresas que vale la pena explorar?

Usen los resultados como hipótesis para investigar, no como veredicto final.

Paso 6: La decisión

Después de completar los pasos anteriores, siéntense a evaluar las opciones usando los cinco criterios de este capítulo:

1. Alineación con fortalezas
2. Disfrute sostenido
3. Viabilidad económica
4. Impacto y propósito
5. Flexibilidad futura

Recuerda: La mejor decisión no es la perfecta. Es la reflexiva, informada y valiente.

Tu hijo no necesita adivinar su futuro. Necesita construirlo con información, experiencia y reflexión. Y tú estás ahí para acompañarlo en el proceso.

No para decidir por él. Para caminar junto a él mientras decide.

Ahora bien, ¿qué pasa después de que elige? ¿Qué pasa cuando ya está en la universidad y las cosas no salen como esperaba? ¿Qué haces si quiere cambiar de carrera? ¿O si quiere dejarla?

En el siguiente capítulo vamos a hablar de algo que muchos padres evitan pensar: qué hacer cuando ya eligió. Cómo acompañarlo en los primeros meses. Cómo detectar señales de alerta. Y cómo manejar los escenarios difíciles —porque van a aparecer— sin destruir la relación ni el futuro de tu hijo.

Parte III

El acompañamiento

Qué hacer después de la decisión

VI

Cuando ya eligió

TU ROL CAMBIA PERO NO DESAPARECE

LOS PRIMEROS 90 DÍAS

**CUANDO LAS COSAS NO SALEN COMO
ESPERABAS**

RETO DEL CAPÍTULO

VII

El mentor permanente

LOS PRINCIPIOS QUE NO CAMBIAN

TU LEGADO COMO PADRE

RETO DEL CAPÍTULO

Bibliografía

- [Cloo6] Henry CLOUD. *Integridad: El coraje para enfrentar las demandas de la realidad*. Español. Nueva York: HarperBusiness, 2006.
- Obra sobre los principios del carácter que predicen el éxito profesional. Utilizada en el capítulo 2 para desarrollar los tres principios fundamentales: competencia, relaciones y resolución de problemas.*
- [Rato7] Tom RATH. *StrengthsFinder 2.0*. Inglés. Nueva York: Gallup Press, 2007.
- Guía práctica para identificar y desarrollar fortalezas personales basada en la evaluación CliftonStrengths de Gallup. Utilizada en el capítulo 3 para el marco de los 34 talentos y la fórmula $\text{Talento} \times \text{Inversión} = \text{Fortaleza}$.*
- [Coro8] Nuria CORTADA DE KOHAN. *El profesor y la orientación vocacional*. Español. 2.^a. México: Editorial Trillas, 2008.
- Referencia fundamental sobre el rol del docente en la orientación vocacional de adolescentes. Utilizada en los capítulos 1 y 2 para fundamentar conceptos sobre la elección de carrera y los estereotipos profesionales.*
- [Rat22] Tom RATH. *Descubre tus fortalezas 2.0*. Español. Barcelona: Reverté Management, 2022.
- Edición en español de StrengthsFinder 2.0. Incluye acceso a la evaluación CliftonStrengths para identificar las cinco fortalezas principales del lector.*